



LA TRANSFORMACION ACTUAL EN EL MUNDO: REFLEXIONES SOBRE LA NUEVA DINÁMICA GLOBAL DE LA MODERNIDAD

Humberto A. Daza

Universidad Central de Venezuela

Introducción

La caída del Muro de Berlín; la catástrofe del reactor de Chernóbil, la tragedia de las Torres Gemelas; el desprendimiento, por primera vez en la historia, de grandes masas de hielo en el Ártico y en la Antártida, y la crisis de la planta nuclear de Fukushima, evidencian una situación en la era moderna donde poco o nada es previsible. Antes de la caída del Muro de Berlín, por ejemplo, se tenía la impresión de orden y control en el mundo, y ésta derivaba de la autoridad que ejercían los organismos internacionales y los Estados nacionales a través de sus mecanismos institucionales y normativos (OMC, CEPAL, BM, BID, FMI, ONU, OEA, OCDE, LEA, UA, PNUD, OTAN, fundaciones y universidades de mucho prestigio internacional, grandes cadenas informativas y medios de comunicación, entre otros).

La propia existencia de dos bloques políticos, sociales, económicos y militares liderando el mundo daba la idea de que existía un propósito por el cual pelear y vivir. Se trataba de dos grandes potencias que, en su confrontación, imponían las reglas de la convivencia, y ello ofrecía a la humanidad la percepción de equilibrio.

Ahora bien, con la caída del Muro de Berlín surge una propuesta en el análisis sobre la globalización. Es una proposición política que sugiere identificar la globalización como un momento histórico que comienza con el desplome la caída del muro, evento que evidenció ante el mundo el fin del experimento del gobierno y Estado comunista en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y en algunos países del Este. Aunque, observamos de esta forma los sucesos en su conjunto, tenemos la intención de aproximarnos a diversas posturas analíticas de las inflexiones en el desarrollo de la modernidad y de las formas de dominación del mundo contemporáneo, algunas de estas propuestas están incrustadas en el pensamiento moderno actual y otras son rescatadas de la tradición crítica universal.

1. Dimensiones antagónicas, diferenciadas e interconectadas sobre la transformación

Como diría Beck (1999) en la introducción de su libro *La Invención de lo Político*, se presenta un cambio sustantivo en “la sociedad industrial, y en sus exigencias de control y seguridad”. Se trata de la emergencia de la “sociedad de riesgo globalizada”, que muestra, a su vez, el derrumbe del ordenamiento de lo político en este oeste, derecha-izquierda. En palabras de Zygmunt Bauman:

“Superado el Gran Cisma, el mundo ya no presenta el aspecto de una totalidad; parece más bien un campo de fuerzas dispersas y desiguales que se cristalizan en lugares difíciles de prever y adquieren un impulso que en verdad nadie sabe detener (...) .En pocas palabras: se diría que nadie controla el mundo. Peor aún; en estas circunstancias no está claro qué significa <controlar>” (1999:79).

Ciertamente, estamos en un momento de grandes disyuntivas, aunque basta poner un poco más de atención y se encontraran posibilidades para la iniciativa y la acción de los pueblos, de las naciones y de los actores mundiales, regionales, nacionales y locales para construir sus alternativas de vida ante las perspectivas, en proceso de constitución, de un Estado universal, de un reacomodo hegemónico de los modelos y culturas excluyentes e imperiales.

A comienzos del siglo XXI, las instituciones multilaterales, particularmente el FMI, el BM, la OMC, el BID y otras organizaciones con escasa credibilidad aceptaron (al menos retóricamente) las críticas a sus actuaciones y políticas. Este desprestigio se agrava nuevamente en el año 2008, cuando el culto al capitalismo financiero, al sistema económico y cierta versión del progreso tecnocrático e informático sufren una calamidad significativa en EEUU con la quiebra de más de 300 entidades por sus turbios manejos administrativos, contables y financieros. Los grandes bancos, las compañías hipotecarias y calificadoras de riesgo, compañías de seguros en EEUU y, posteriormente, en Europa, involucrados en hechos de corrupción, especulación y fraude ocasionaron daños irreparables a sus accionistas, clientes y a la sociedad en general. Dominique Strauss-Kahn, Director General del FMI, en el año 2008 declaró al mundo: “Estamos frente a una crisis financiera nunca vista”. Esta catástrofe en el sistema capitalista se ha extendido hasta la actualidad, tanto en EEUU como en Europa, provocando recesión, el desmantelamiento del Estado de Bienestar, aumentando las desigualdades y la pobreza, con políticas y decisiones hasta ahora impensables: reducción de los salarios, reducción de nóminas, eliminación de la seguridad social, ampliación de la jornada laboral, cambios en el régimen de pensiones, entre otras modificaciones. Sin embargo, esta situación no ha implicado un cambio en el modelo neoliberal:

“En la actualidad la fracción hegemónica del capitalismo es la financiera, a la que además se le atribuyen los máximos logros de la globalización. Incluso, cuando se habla de globalización prácticamente se está hablando de manera explícita de la constitución de las redes financieras mundiales que se mueven permanentemente alrededor del mundo durante las 24 horas del día, aprovechando la transformación de las telecomunicaciones. El capitalismo financiero tiende a presentarse a sí mismo como una fuente de riqueza, lo que es la expresión más extrema del fetichismo del dinero, el cual supone que puede engendrarse sin necesidad del trabajo ni de la producción material. Era lo que Carlos Marx denunciaba en su tercer tomo de *El Capital*, a final del siglo XIX, cuando señalaba la ilusión del dinero de reproducirse a sí mismo, es decir D-D', sin que interviniera el trabajo, o mejor la explotación del trabajo”. (Vega Cantor: 2008-70)

El viejo Marx no se equivocó, los adoradores del capitalismo financiero suponían que el mundo había sido sustituido por Wall Street, por las instituciones económicas que soportan el totalitarismo económico global y por la realidad virtual creada por su red computarizada para realizar sus turbias transacciones en el mundo. No obstante, la globalización sigue implicando la promesa del libre comercio y, detrás de ella, la falsedad de una relación respetuosa y de colaboración para superar los problemas comunes de la humanidad. Al contrario, los procesos globalizadores, las nuevas tecnologías de la información y los mecanismos técnicos e insti-

tucionales sobre los que se apoyan, están encadenados a los intereses de los países más fuertes e industriales, y continúan creando disparidades sociales, marginación, segregación, guerras e inequidad en las naciones.

Como consecuencia de la prevaleciente visión racional-economicista, vivimos una época de enormes déficits en las relaciones democráticas entre las naciones que están a la cabeza de la revolución tecnológica productivista y las naciones que tienen que enfrentar día a día los riesgos de un conocimiento que ellas no producen, pero que aplican bajo condiciones de producción e intercambios económicos altamente desiguales. El Informe sobre Desarrollo Humano (2001) del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), organismo dependiente de la ONU, pone en evidencia la gran brecha tecnológica entre los países ricos y pobres del mundo, la relación entre los cambios tecnológicos y el desarrollo humano. Para darnos una idea, solo hay que saber que en el mundo 80% de los usuarios de Internet se encuentran en los países ricos y la mitad de los habitantes del planeta ni siquiera ha realizado en toda su vida una llamada telefónica. Esto tiene, en gran parte, explicación en lo siguiente:

“Las tecnologías tienden a crearse crecientemente por las empresas transnacionales (más de 60% de las actividades de investigación y desarrollo es realizado por el sector privado) siguiendo la demanda de los consumidores de altos ingresos y no las necesidades de los pobres que tienen escaso poder de compra. Los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), con 19% de la población mundial, registraron 99% de las 347.000 nuevas patentes emitidas ese año. No existen incentivos para desarrollar tecnologías que atiendan las necesidades de los pobres. De los 70.000 millones de dólares gastados en 1998 en investigación en Salud, solo 300 se aplicaron en vacunas contra el SIDA y 100 a la investigación sobre el paludismo. La situación como señala el PNUD, es muy similar en cuanto a investigación sobre agricultura y energía. Reviste inquietud especial en lo referente a las tecnologías de la información (Jaime Giné-Joan Prats. 2001. ¿Nuevas tecnologías para el desarrollo humano?. Instituciones y Desarrollo, No. 10. P 3).

Toda esta realidad contrasta con los manejos diplomáticos y las palabras que provienen del ‘Norte’, que son de una elegancia incomparable. Se trata de un lenguaje y modales exquisitos, pero la realidad y el ejercicio del poder revelan otro comportamiento: falso, prepotente e hipócrita. El virtuosismo que aparentan esconde su intención real: el *bussines*. El objetivo no puede ser más claro, el aprovechamiento y cultivo de relaciones a fin de alcanzar nuevas posesiones como inversionistas, seguir como los rectores del mundo económico, continuar con la explotación recursos humanos y naturales en cualquier lugar de la tierra, en desmedro del planeta y de quienes lo habitamos.

El proceso supone la construcción de una especie de Estado universal con su sede hoy en Washington, mañana en Berlín, otro día en Londres o en cualquier capital poderosa. El proceso de transformación global incluye las grandes cadenas comunicacionales, es el de la producción de una nueva conciencia planetaria e imposición de un ‘nuevo estilo de vida’ alrededor de la noción de consumo, la desaparición de las barreras que impiden el comercio, la destrucción del concepto de soberanía e identidad nacional, la degradación de la noción de democracia, que, como herramienta de ejercicio político no es útil a las transnacionales ni a la *global class*¹ para imponer el nuevo estilo de vida. La decisión de la elite global es tan férrea que si hay oponentes o factores críticos a los planes económicos y financieros imperiales, en forma inmediata grandes cadenas de comunicación construyen matrices de opinión que los desacrediten, y, en última instancia, fuerzas militares o mercenarios a su servicio se encargan del asunto con todas las previsiones del caso.

La campaña continua de falsedades sobre los gobiernos y sociedades latinoamericanas, por ejemplo, es apenas una muestra de lo que son capaces de hacer. En este marco, cualquier sistema de gobierno (autoritario,

¹ Concepto del pensador liberal Ralh Dahrendorf, usado por otros estudiosos de lo social y que discutiremos más adelante.

democrático o totalitario) debe obediencia a la política en curso, lo que configura una realidad de globalización (o totalitarismo global), para algunos irrefutable e inevitable, que funciona independientemente de las sociedades, de sus organismos sociales (políticos, culturales, económicos) e, incluso, de las organizaciones de naciones. Bajo esta realidad, ya no hacen falta instituciones internacionales como la ONU, sistemas de gobierno, leyes internacionales, Estados, naciones o ciudadanos para ventilar los problemas de la humanidad.

La globalización ha hecho del mundo un universo distinto, diferenciado y antagónico, Octavio Ianni, filósofo, en Teorías de la Globalización lo describe metafóricamente:

“El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, Estados naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo. Simultáneamente, el centro del mundo ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente como pueblo, clase, grupo, minoría, mayoría, opinión pública. Aunque la nación y el individuo sigan siendo muy reales, incuestionables y estén presentes todo el tiempo, en todo lugar y pueblen la reflexión y la imaginación, ya no son “hegemónicos”. Han sido subsumidos formal o realmente por la sociedad global, por las configuraciones y los movimientos de la globalización. El mundo se ha mundializado, de tal manera que el globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir más plenamente su significación histórica” (1996:3).

De acuerdo con un significativo estudio del Grupo Lisboa², existen varias globalizaciones: la de las finanzas y el capital; la de los mercados y sus estrategias, especialmente de la competencia; la de la tecnología, de la investigación y el desarrollo; la de formas de vida, modelos de consumo y vida cultural; la de las posibilidades de regulación y conducción gubernamental; la de la unificación política del mundo; y la de la globalización de las percepciones y la conciencia planetaria³.

En realidad, el debate sobre la globalización es ambiguo y contradictorio. No hay consenso en la teoría, aunque es posible que podamos clasificarla de acuerdo con la propuesta del Grupo Lisboa, ya que en sus criterios hay un intento de recoger diversas posturas, y no existe la pretensión de crear un concepto general, pues acepta de antemano que ninguna de ellas es determinante respecto a las demás.

Sobre estas líneas de transformación global y de cambios en el comportamiento de la sociedad mundial, del Estado y de la sociedad nacional y local, se recogen diferentes reflexiones y posiciones en un momento particular de la historia humana. Estos fenómenos, sin duda, están dominados por los mecanismos de la economía capitalista, conducida, en gran medida, por los principales centros de poder estatales, sociales y corporativos del mundo (industriales, financieros, políticos, comunicacionales, eclesiásticos, simbólicos y culturales) vinculados a dicha forma de producción⁴.

Ello no significa monolitismo mundial, sino una conducción altamente concentrada en pocos actores que cuentan con enormes privilegios jamás conocidos. Son interpretes diferentes, de diferentes culturas, estilos e intereses, pero que están de acuerdo en lo que Giddens denomina las cuatro grandes orientaciones de la modernidad: acumulación de capital, control de información y supervisión social, control del poder militar global y mantener el grado de explotación de la naturaleza para el desarrollo industrial (1993:63-64).

² Prestigiosa asociación europea para la investigación económica y social.

³ Leer del Grupo Lisboa, el libro “Los límites de la competitividad”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1996, p.54.

⁴ En los momentos que vivimos de capitalismo global, debemos distinguir, junto a Garretton, Cavarozzi, Cleaves, Gereffi y Hartlyn, la globalización económica de la internacionalización: “Internacionalización” se refiere simplemente a la expansión geográfica de actividades económicas que cruzan fronteras nacionales, pero ‘globalización’ es un proceso mucho más complejo, que implica una creciente integración funcional entre esas actividades dispersas internacionalmente” (2004:41).

La denominada globalización y la mundialización tampoco significan unidad de acción y de pensamiento en el mundo. Se desarrollan en medio de la pluralidad y diversidad de la sociedad mundial, e influyen en las posibilidades y condiciones particulares de las sociedades, Estados y en la singularidad de sus capitalismo. Al mismo tiempo, se realiza una amplia y multicolorida gama de interacciones entre ciudadanos, grupos de intereses, Estados, comunidades, sociedades, regiones y subregiones, algunas más soberanas que otras, con más poder o no, con recursos y tecnologías diferenciadas y con variadas potencialidades territoriales, naturales, culturales, ambientales, que se entremezclan en este ir y venir de subprocesos y procesos sociales.

Cabe agregar que las corporaciones, junto a los Estados y formas de producción, funcionan influenciadas y delimitadas por el capital financiero operado por medio de redes globales del mercado financiero (Ianni, 1996:115). La globalización, en esta postura, es una expresión general del capitalismo, y con ella, las fuerzas productivas particulares, desde sus respectivos ámbitos, se relacionan y desarrollan.

Pero digamos que esta percepción delimitada por lo económico se queda corta, según lo planteado por Anthony Giddens (1993). Este autor considera que la globalización y mundialización del capitalismo tiene cuatro dimensiones. La primera es la “economía capitalista mundial” y la segunda es “el sistema de Estado nacional”. Aunque están interconectadas, “ninguna puede explicarse exhaustivamente en función de la otra”. La tercera dimensión “es el orden militar mundial”, con el cual se pretende el monopolio de los medios de violencia para utilizarlo como arma disuasiva, con un interés altamente político o en caso de guerra abierta. La cuarta dimensión es la “división internacional del trabajo”, que concierne al desarrollo industrial, a la expansión de la división mundial del trabajo⁵ y su consecuente proceso de diferenciación al interior de los Estados, que “incluye las diferenciaciones entre las regiones del mundo más y menos industrializadas”, pero que ha supuesto, en el desarrollo del modelo capitalista, a una cada vez más creciente interdependencia internacional en la división social del trabajo. Giddens señala que tras cada uno de estos cuatro aspectos, alrededor de los cuales se ha construido la institucionalidad moderna, se encuentra la tecnología de la comunicación. Este aspecto lo denomina “mundialización cultural”, que, sin duda, ha influido profundamente a las sociedades (1993:72-79).

Habría que resaltar también, junto a Ulrich Beck, que estos procesos significan *politización*. ¿Por qué? Porque la economía, en esta etapa de desarrollo global capitalista, socava los cimientos de las economías y Estados nacionales, y nos conduce a un fenómeno que Beck denomina *subpolitización*. Se trata de la muerte del trabajo, expresada en la pérdida de vigor de viejas organizaciones sociales y políticas. Según Beck: “Vemos así cómo las nuevas dimensiones de la ‘política imperativa y realista’ de la globalización se asientan sobre unos fundamentos caracterizados por su efectividad y elegancia” (1998:16).

En este sentido, la globalización es una oportunidad para que nuevos grupos de intereses económicos y los empresarios, aquellos que están más íntimamente identificados con la expansión actual, retomen su influencia política, que se encontraba “en estado larvado durante la fase de su domesticación por la sociedad estatal y democrática”. Beck se refiere principalmente a los empresarios que se mueven a escala planetaria, quienes ahora tendrán más poder político, lo que se había perdido ante una sociedad más protagónica. Esta realidad la define Beck en su texto *La Invención de lo Político* (1998), como una amenaza y un peligro, puesto que la configuración tanto de la economía como de la sociedad en su conjunto debe ser un asunto de todos.

⁵ Leer Emile Durkheim, *División del Trabajo Social*, 1893.

2. Globalización, economía y riesgos

Desde que la civilización occidental, impulsada por la llamada era de la razón, se convirtió en la forma de vida predominante en el mundo, la modernización y la racionalidad como instrumento de progreso y crecimiento económico son los íconos más poderosos. Esta cuestión asume diversas formas al combinarse con patrones, valores e instituciones donde se sobreestima al individuo, la propiedad, la cultura consumista y el mercado. El *homo economicus* y el *homopoliticus* dominan la vida social, como si fueran tótems que expresaran la personalidad de la sociedad moderna. En esta interpretación, la globalización se convierte en un campo que tiene su propia lógica, que se determina a sí misma en términos absolutos. No es concebida como un proceso sino como un hecho que se impone por su inevitabilidad, ella no es ni será el producto de intercambios sociales de ningún tipo, no responde a espacio o lugar alguno; se produce y reproduce en el anonimato del mercado todopoderoso.

Pero, para examinar un poco más este fenómeno social, vale preguntarse, ¿qué es la globalización?, ¿en verdad el discurso de la globalización es completamente nuevo?, ¿en realidad supone la desaparición de todas las formas sociales tradicionales?, ¿es predominantemente económico?, ¿supone la completa mercantilización de la sociedad moderna?, ¿el proceso que lleva a cabo es inexorable e incontrolable por la sociedad?, ¿implica la desaparición de los Estados-nación?, o ¿los cambios y la transformación global suponen el reacomodo y refortalecimiento de sus estructuras ante la nueva dinámica?, ¿la globalización supone la pérdida de la centralidad política como ámbito de interacción social?, ¿es una dinámica sin timonel o, por el contrario, funciona como el resultado de los intereses de grupos de poder ante la nueva realidad, globalizadora y de mundialización?, ¿está planteada la construcción de una nueva institucionalidad democrática?

Sobre el emergente “orden global”, hay un debate que, grosso modo, exponemos seguidamente. El politólogo y sociólogo chileno Fernando Mires argumenta:

“El paradigma de donde se deduce que la globalización es, primero, un proceso puramente económico y, segundo, que determina a todos los demás procesos de la vida cultural, hunde sus raíces en la propia prehistoria religiosa de la modernidad. Quizás ésa es una de las razones que explica porqué las ciencias económicas, han introducido en su lógica, más que otras ciencias económicas nociones deterministas, credos irrefutables y principios que tienen su origen en el pensar teológico. El desproporcionado dogmatismo del que dan prueba las posiciones (neo) liberales y (post) marxistas de nuestro tiempo, corrobora tal suposición mostrando, por otro lado, cuán poderosa es la fuerza de la tradición religiosa pre-moderna sobre la cientificidad moderna” (2000:20).

No es casual que algunos, para definir cómo se regula el comportamiento humano en la modernidad, recurran a la idea de una “mano invisible”. Este planteamiento se sustenta en la teoría de que con la división social del trabajo, las fuerzas productivas y el modo de producción constituyen factores determinantes en la sociedad contemporánea. Pero, si para Adam Smith son así las relaciones humanas, según Marx y los marxistas la construcción de la modernidad está determinada por los llamados factores económicos ligados al uso de los medios de producción por determinadas fuerzas productivas.

Podemos distinguir muchos aspectos entre liberalismo y marxismo, aunque en el desarrollo de ambas perspectivas hay un punto en común que sugiere la preeminencia de lo económico en la expansión del capitalismo.

El determinismo económico proveniente del liberalismo está ligado a la idea de la funcionalidad y eficacia económica de una sociedad. Es parte del sentido común actual comprender la globalización como un fenómeno estrictamente económico. Dicha explicación ha ganado terreno porque está montada en la idea cotidiana de que lo económico determina otras esferas de la vida social. Significa que lo económico representa el

valor más caro de la humanidad y, lógicamente, impregna en el capitalismo todas las cosas. Según Fernando Mires (2000):

“Se trata de un paradigma determinista, es decir, que supone que a partir de su mera existencia, se originan hechos y procesos que no alteran en nada la estructura de la “causa originaria”, y que, en el caso de las ciencias sociales, es casi siempre economicista, debido a la hegemonía que hasta ahora han ejercido las dos corrientes principales del siglo XX: el liberalismo y el marxismo. Independientemente de lo que pensaron los fundadores de ambas corrientes (que no eran economicistas), ellas fueron configuradas a través del tiempo bajo un formato predominantemente economicista, hasta el punto de que a muchos intelectuales les es imposible pensar que pueda existir algo en la sociedad que no esté determinado por la economía, en la forma de “intereses” para los liberales o en la forma de “fuerzas productivas” para los marxistas” (2000:63).

Pero esta postura también implica que los conceptos y significados actuales están impregnados y maravillados por los inventos y nuevas tendencias del capitalismo. Hay, desde este espacio, una creciente y cada vez más voluminosa competitividad que cubre a toda la sociedad y que se apoya, para ello, en una ideología globalista⁶, que intenta restaurar aquel determinismo que se creía muerto y que, ahora sobrevive con una de las corrientes de la llamada globalización⁷ y que sin duda, se inscribe en la vertiente economicista.

La idea de un capital transnacional, sin fronteras y que tiende a cubrir todo el territorio planetario es un viejo asunto desde el cual se puede interpretar la llamada globalización actual. Los marxistas, en su visión teleológica de la historia, le asignaban al capital pretensiones de internacionalización en su desarrollo.

Naturalmente, la historia de la humanidad es la de la desintegración e integración de viejas y nuevas comunidades, la de la desorganización y reorganización de las sociedades en un proceso cada vez más diferenciado y complejo, que supuso el “descubrimiento” de nuevas tierras, la expansión de los mercados, la conquista de territorios desde Europa para impulsar el comercio y la colonización de África, de América y de Asia. Con ello, la antigua organización feudal desapareció, pero también se liquidaron formas de organización comunitarias, sus lenguajes, artes, medicina, creencias y tradiciones milenarias. Se impuso la navegación trasatlántica para darle soporte a la dinámica política y económica del capitalismo, típicamente comercial e industrial, en su desarrollo mundial. Sobre el tema, el profesor y sociólogo francés Edgar Morin comenta:

“Cuando llega un desarrollo tecno-económico a una sociedad donde hay raíces tradicionales –estructuras de comunidad, de solidaridad, de una gran familia, del campo, de los países, se fortalecen, no únicamente los rasgos positivos del individualismo, como puede ser un mayor grado de autonomía, sino que se promueve también el egocentrismo, la monetarización de la mente, la medición, el ganar más como fin último, la problemática del consumismo. Es decir, se generan condiciones que destruyen las solidaridades tradicionales sin construir nuevas solidaridades” (Morin, 2004, Referencia electrónica).

⁶ Ulrich Beck, estudioso alemán, en su libro “Que es la globalización”, entiende por globalismo la concepción según la cual el mercado mundial desaloja o sustituye el quehacer político; es decir, la ideología procede de modo monocausal y economicista, y reduce la pluridimensionalidad de la globalización a una sola dimensión: la economía, la cual considera, así mismo, de manera lineal, y pone sobre el tapete todas las dimensiones –las globalizaciones ecológica, cultural, política y social- sólo para destacar el presunto predominio del sistema del mercado mundial” (1998:27).

⁷ En este estudio, importa destacar el concepto de un escritor resaltante en análisis e investigaciones políticas y sociales, en especial, sobre los cambios del orden global actual. Ulrich Beck nos dice que la globalización: “significa procesos en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios”.(1998:29). Pero también la globalización, para este autor, “es, a buen seguro, la palabra (a la vez eslogan y consigna) peor empleada, menos definida, probablemente la menos comprendida, la más nebulosa y políticamente la más eficaz de los últimos años” (1998:40). Fernando Mires (2000) dice algo parecido, “es una palabra...un significante”. De modo que la globalización es “un proceso” con un contenido, el que se le asigne en el juego de poder mundial; es el “pretexto” o “justificación” para la expansión del capitalismo, como diría Bourdieu (2005).

Frente a este ascenso histórico de las fuerzas económicas y que supuso la aparición de la burguesía como clase revolucionaria emergente, se inscribe la creación de la Liga de los Comunistas (1847), organización obrera internacional que le encargaría a Karl Marx y a Friedrich Engel la elaboración del Manifiesto Comunista (1848). Como respuesta a ese proceso de internacionalización del capital, se crea también la Asociación Internacional del Trabajo (1874), que tenía como objetivo organizar y unir a todos los obreros del mundo (Europa y EEUU), independientemente de sus posiciones gremiales y de los líderes que los inspiraban.

La frase más celebrada del Manifiesto Comunista, “Proletarios de todos los países, uníos”, evidenciaba parte de una estrategia que estimaba que el capital, en su funcionalidad económica, había ocupado con su sistema al mundo, para expoliarlo e imponer el cálculo egoísta de la “explotación del hombre por el hombre”. Vladimir Ilich Lenin, líder de la revolución bolchevique en Rusia (1917), aseguraría que se trataba de una obra para el desarrollo de la lucha de clases y para que el proletariado protagonizara la revolución comunista mundial⁸.

Según algunos teóricos, tanto el liberalismo como el marxismo están unidos a una suerte de idea religiosa del proceso civilizatorio y moderno (Weber 1921/1903), que ha supuesto la sobrevaloración de lo económico, del trabajo, de la disciplina corporal, del uso del tiempo y del espacio, y del sometimiento del espíritu a las virtudes de un nuevo orden moral, ético y cultural para la producción de bienes materiales (Mires, 2000). En este marco histórico, por cierto, deben hallarse las razones de la coincidencia entre el liberalismo económico y el socialismo originario⁹.

Pero, si el capitalismo es un proceso eminentemente económico, es también un proceso de la vida cultural que tiene raíces en la historia de la humanidad. Ya señalaba Weber que el espíritu del capitalismo estaba altamente influido en sus inicios por la religiosidad, lo cual incorpora a la modernidad elementos dogmáticos de frugalidad, trabajo perseverante, constante, y disciplinado, los cuales conducen a un comportamiento social que busca la realización del hombre a través de buenas obras que garantizarían la ‘gracia de Dios’.

Cuando hablamos del capitalismo en los siglos XVIII y XIX, se piensa en un proceso fundado en un paradigma que imponía obligaciones para el buen desempeño del empresario en sus negocios. Se trata de un modelo engarzado en nociones religiosas y que tuvo sustento en los dogmas de la ciencia como conocimiento verdadero, en la ética del trabajo y del ahorro, la producción industrial y el fortalecimiento de los Estados nacionales como territorios base del modo de producción capitalista y del despliegue de las fuerzas productivas que lo acompañan.¹⁰ Como consecuencia de ello, la ‘globalización’ expresa una tendencia del capitalismo por

⁸ En el Manifiesto Comunista se afirma: “La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media. La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio (Obras Escogidas; Marx-Engels, Editorial Progreso, Moscú, p.34).

⁹ De acuerdo a Fernando Mires: “La idea de que el mercado regula las relaciones humanas, propia de Adam Smith, y la de que las fuerzas productivas constituyen la esfera determinante de la vida social, propia de Marx, tienen que ver con el largo proceso de construcción –religiosa primero, ideológica después del “homo economicus”, especie históricamente sublimada de ese personaje agresivo, lujurioso y pasional que era el ser humano pre-moderno. El liberalismo sería inexplicable sin la moral angélica que le precede, del mismo modo que el socialismo es tributario casi directo de la moral luterana. Como ya afirmé en un anterior trabajo, Marx, desde esa perspectiva, no fue sólo el fundador del “Socialismo Científico” sino, tal vez, el último de los teólogos de la reforma religiosa alemana (1996:32). El hecho de que el liberalismo (también en su forma neoliberal) y el marxismo (también en la forma neomarxista) hayan sido doctrinas conductoras de la modernidad, se deja explicar en parte por el profundo fondo religioso desde donde emergieron y que lograron activar de una manera racionalista” (2000:20).

¹⁰ Este proceso es denominado por algunos teóricos sociales como “Primera Modernidad”.

establecerse en todos los rincones del planeta, por aumentar su influencia territorial y por multiplicar los medios de intercambio de mercancía y la influencia del mercado, más allá de las fronteras de los Estados-nación. Salta a la vista que si la globalización supone la multiplicación de la influencia del mercado y su desarrollo fuera del marco de los Estados-nación, ella tendrá un componente que apunta a una redimensión mundial de la política, a la incertidumbre puesto que es un fenómeno social que presiona hacia el reacomodo económico, financiero, político, cultural, militar e industrial en medio de una acelerada dinámica nunca experimentada¹¹.

Para Octavio Ianni, la globalización “expresa un nuevo ciclo de la expansión del capitalismo, como forma de producción y proceso civilizatorio” (1999:11). Pero, Giddens (1990/1999) la define como una suerte de “radicalización de la modernidad”, de todos sus elementos y no solamente de su aspecto económico. La globalización, en esta mirada, ocurre cuando la modernidad se universaliza. Giddens afirma que la idea de globalización “no es sólo ni principalmente interdependencia económica, sino la transformación del tiempo y del espacio en nuestras vidas. Acontecimientos lejanos, económicos o no, nos afectan más directa e inmediatamente que nunca. A la inversa, las decisiones que tomamos como individuos tienen con frecuencia, implicaciones globales” (1999:43).

Según Ulrich Beck (1999), retomando su idea, el debate sobre los problemas de la modernidad se debe a que la modernización, en particular, la económica, se realiza independientemente de la sociedad en general, sin control ni conciencia de sus riesgos y consecuencias. Esta nueva situación, se desarrolla en medio de tensiones, conflictos e inéditas complejidades. Se expresan con mayor nitidez hacia fines del siglo XX, en lo que se ha llamado la reestructuración de la sociedad mundial, con sus ajustes coyunturales, que responden a un arreglo estructural que tiene como objetivo central la des-regulación y re-regulación nacional e internacional de las economías nacionales y de los dispositivos políticos y sociales constituyentes de los Estados-nación para adaptarlos a los requerimientos del capitalismo mundial.

La globalización, en la versión económica, es una actividad que busca, entre otros aspectos, aumentar las capacidades funcionales y administrativas de los Estados. La forma de operar tiene como fundamento la incorporación y renovación global de la base tecnológica de todas las unidades funcionales, públicas y privadas, a los fines de que las comunicaciones y actividades a escala planetaria se realicen simultáneamente.

Manuel Castells (1999) argumenta que, aunque la globalización de la producción y la inversión amenazan el Estado de bienestar, es una política imprescindible de los Estados-nación y un componente básico de su legitimidad actual.

“En la economía basada en el conocimiento surge, sin embargo, una relación un tanto más compleja entre productividad, competitividad y Estado de bienestar. Como muestra nuestro estudio del modelo finlandés de la sociedad de la información, en la segunda mitad de los años noventa, Finlandia fue capaz de convertirse en la economía más competitiva del mundo y de incrementar su productividad más rápido que los Estados Unidos, al tiempo que mantenía su amplio Estado de bienestar. Es más: el estado de bienestar fue un factor clave al inducir el crecimiento de la productividad en Finlandia, aportando la base de recursos humanos para una economía del conocimiento avanzada, en términos de educación, salud, desarrollo cultural, capacidad de innovación y estabilidad social. No obstante, Finlandia (al igual que otros países europeos como Holanda) procedió a la reforma del Estado del bienestar reduciendo algunos de sus rasgos burocráticos. Además, Finlandia y otros países también establecieron la conexión entre el Estado del bienestar y la economía promoviendo la educación superior y la inversión en estrecha cooperación con las empresas. Por lo tanto, el estado del bienestar a fines de siglo XXI no es exactamente el Estado del bienestar escandinavo tradicional, aunque mantiene el principio fundamental de la protección social para todos sus ciudadanos”. (1999:347).

¹¹ Fenómeno social llamado por estudiosos de la teoría social “Segunda Modernidad”.

No obstante, hay quienes asumen que Occidente perdió el rumbo y que ello se constata en el debilitamiento de las economías nacionales. Llegan a decir que no solamente se debilitan sino que tienden a desaparecer para dar paso a un intercambio global, imprescindible para la generación de recursos, inversiones y transacciones comerciales, independientemente de las regulaciones y dispositivos nacionales e internacionales. En este ámbito, el centro de poder se desplaza hacia afuera de los Estados-nación, con lo que desaparece la relativa autonomía de antiguos centros de decisión y se crea una especie de nuevo estadio de intercambio y decisión integrado a un sistema global donde verdaderamente reside el poder y desde el cual se impone una nueva lógica económica-financiera de hiperconcentración de riquezas, centralización política y tecnogerencial.

En este esquema, los países resultan lentos e inadecuados como herramientas para el funcionamiento del sistema global, y, por ello, las orientaciones y las operaciones globales deben depender de grandes compañías multi y transnacionales. La creación de riqueza de los países depende de empresas cada vez más integradas en sistemas globales de grandes compañías que operan según su propia lógica (Grupo Lisboa, 1996).

Este intento de limitación y privación del poder de los Estados, devaluación de la política y de la capacidad de acción de los gobiernos en la vida social y económica ha sido destacado por Giddens para referirse al ámbito local, a sus actores y a lo que “un gobierno puede lograr en el mundo contemporáneo” (Idem: 61-62), espacios que según el autor no pueden subestimarse. El sistema que pretende ser global supone lo local como un espacio subsidiario en el que deben realizarse múltiples operaciones. Al fin y al cabo, el mercado no puede reemplazar los gobiernos locales, ni expresa los intereses de lo local. El mercado, además, necesita de la totalidad de los ciudadanos repartidos por todo el mundo, y, por ello, las nuevas élites hacen esfuerzos para lograr la reestructuración funcional de gobiernos, Estados, de sus organismos e instituciones y del régimen político internacional.

Para muchos, el nuevo capitalismo y el discurso de la globalización, existen porque el mercado ejerce un papel rector en las relaciones sociales, debido a que la ciencia y la tecnología transforman materiales para la producción mercantil y la realización de transacciones financieras en forma desconcentrada, interconectadas simultáneamente y con ritmos cada vez más acelerados. Desde este lugar, se crean nuevas formas de organización empresariales independientemente de los Estados¹² y surgen otras formas de organización del trabajo como producto del proceso de desregulación laboral. Con ello, los flujos de capital y movimientos comerciales se liberan y amplían por todos los rincones bajo condiciones inéditas de disminución sustancial de los atributos de los Estados-nación y de ampliación de la economía de mercado, aunque hay que advertir que en tales procesos no puede prescindirse por completo de la imagen y realidad de los Estados, ni de las percepciones de las naciones donde operan y en las que habitan los ciudadanos del mundo.

En esta línea de reflexión podemos captar junto a Mires, por ejemplo, que “la globalización debe enfrentarse a límites sociales y ecológicos. No obstante, dicha limitación no debe provenir sólo de la buena voluntad de gobiernos e instituciones, ya que así se corre el peligro de pasar sobre intereses reales de trabajadores locales, sino que debe involucrar coordinación entre actores locales e internacionales. La globalización política no puede prescindir, en ese sentido, de realidades locales” (2000:32). He aquí un dilema concreto de la realidad que nos conduce a la inevitable conclusión de que el determinismo económico es impracticable y obsoleto.

Frente al mal nombrado ‘orden global’, hay que redelinear los ejes de comprensión de lo político para comprender más acertadamente las contingencias actuales y recomponer el cuadro de fragmentación y de au-

¹² Consideremos un texto sobre los límites actuales de la globalización planteado por Fernando Mires, donde incluso hace uso de una caracterización del Grupo Lisboa sobre las ‘nuevas élites’ y grupos de poder internacional: “Mantener dentro de los marcos políticos nacionales e internacionales a aquellas empresas económicas que tienden a la globalidad es una tarea política tanto más importante si se tiene en cuenta que alrededor de ellas tienden a formarse grupos de interés e incluso, como ha constatado el Grupo de Lisboa, nuevas ‘élites’ internacionales” (2000:33).

sencia de mecanismos democráticos en un mundo que tiende a la globalización como homogeneización y pensamiento único.

La globalización es un producto moderno que aparece como una tendencia que hace inexorable y radicalmente omnipresente la economía capitalista y los sistemas políticos, militares, jurídicos y productivos que le sirven de soporte institucional. Por otra parte, a la globalización la mueve una suerte de azar inteligente, que la conduce autónoma e independientemente de la voluntad social. Se presenta como un fenómeno que tiene dinámica propia y no puede ser comprendido ni controlado por las sociedades y sus Estados.¹³

Cabría preguntarse si esta imagen de proceso *inexorable* que viene de la primera modernidad, junto a la otra percepción de *inmanejable e inexorable*, esconde la intención de impedir obstáculos al fenómeno de la internacionalización de la economía y de los mercados de los grandes Estados industriales.

Hay, ciertamente, un proyecto de modernidad, que, según Giddens (1990), en primer lugar, estandariza el tiempo separándolo del espacio, achicándolo para medirlo mejor y aprovecharlo al máximo en el desarrollo de las organizaciones racionalizadas (empresas, redes sociales, burocracias estatales y locales) (1990:26). Este 'Distanciamiento' o 'separación' entre tiempo y espacio permite, en segundo término, lo que Giddens define como el "desanclaje" o "el despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción, y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales" (1990:32). Este hecho, igualmente, alude al dinamismo de la modernidad, y se concreta en la proliferación de relaciones sociales que se realizan en forma simbólica y abstracta separadas de sus ámbitos originales (1990:32-38). Pero esta compleja realidad se ha expresado como: "La interconexión que ha supuesto la supresión de barreras de comunicación entre las diferentes regiones del mundo y ha permitido que las agitaciones de transformación social estallen prácticamente en la totalidad de la superficie terrestre" (1990:19). He aquí lo que plantea Beck sobre la redefinición y reconstrucción del tejido social moderno a través de la redefinición de la política, de ir más allá de la distinción izquierda-derecha, principal "coordenada de lo político en la modernización reflexiva"¹⁴.

No cabe duda de que las formas de vida social cambian en el marco de un acelerado proceso de producción de conocimiento e información y de encuentros entre actores nacionales, internacionales y transnacionales. Dentro de esta lógica puede verse la intencionalidad de crear, con la circulación global de determinadas ideas, la falsa imagen de que la globalización es inexorable para evitar la discusión de la naturaleza y origen del fenómeno de mundialización y globalización del capitalismo e impedir obstáculos al fenómeno de la internacionalización de la economía de los grandes estados industriales. A su vez, no olvidemos que en este particular momento de la historia existe una situación de indeterminación e ingobernabilidad llamado caracterizado por Beck "gobierno de los accidentes" y que se explica en su noción de modernidad reflexiva. Para Giddens esta "alta modernidad" implica el "despegue" de lo local y su reconfiguración en su relación con lo global. Sin embargo, para Giddens el desanclaje no implica en modo alguno la negación de la realidad local, sino su reconfiguración en función del establecimiento de sistemas y categorías de funcionamiento global, como el dinero y el conocimiento y otras transacciones. Incluso se le puede vincular a la eliminación de las restricciones en la entrada y salida por los aeropuertos y puertos, a la disminución de aranceles y barreras proteccio-

¹³Tal como lo dice Bauman: "En su significado más profundo, la idea expresa el carácter indeterminado, ingobernable y autopropulsado de los asuntos mundiales; la ausencia de un centro, una oficina de control, un directorio, una gerencia general. La globalización es el "nuevo desorden mundial" de Jowit, con otro nombre" (1999:80).

¹⁴ "En el centro se halla el concepto 'modernización reflexiva'. Por cierto, éste se enlaza con las tradiciones de la autorreflexión y la autocrítica de lo moderno, pero significa más, sin embargo, y también algo diferente a saber: el hecho en esencia simple pero, como se mostrará, de consecuencias graves e imponderadas, de que la modernización industrial en los países altamente desarrollados modifica la modernización industrial en sus fundamentos y condiciones básicas. una modernización, no sólo racional en relación con un fin y lineal, sino pensada como interrumpida, *como gobierno de los accidentes*, se convierte en el motor de la historia de la sociedad" (1998: 13).

nistas, y a la modificación de viejas reglas para hacer más permisivas determinadas relaciones de intercambio entre instituciones académicas, políticas, comunicacionales u otras.

Para Pierre Bourdieu, independientemente de la movilidad global y de las nuevas estratificaciones, con la globalización los lugares se despersonalizan, el Estado social desaparece y se impone el modelo estadounidense y econométrico que generaliza cada vez más la desigualdad, los males y las brechas sociales.¹⁵

El sociólogo Pierre Bourdieu, en referencia al creciente debate sobre la modernización en el mundo y sus potenciales efectos, asevera:

“Así planetarizados, globalizados en sentido estrictamente geográfico, al tiempo que desparticularizados, estos lugares comunes que el hartazgo mediático transforma en sentido común universal consiguen hacer olvidar que sólo expresan, bajo una forma truncada e irreconocible aun para quienes lo propagan, las realidades complejas y discutidas de una sociedad histórica particular, tácitamente erigida en modelo y en medida de todas las cosas: la sociedad estadounidense de la era post-fordista y post-keynesiana. Este único superpoder, esta Meca simbólica de la Tierra se caracteriza por el desmantelamiento deliberado del Estado Social, y el vertiginoso crecimiento correlativo del Estado Penal, la demolición del movimiento sindical y la dictadura de la concepción de la empresa basada únicamente en el “valor accionario”, con sus consecuencias sociológicas: la generalización del salario precario y la inseguridad social, convertida en motor privilegiado de la actividad económica” (2005:69-70).

Probablemente, para muchos es más aceptable la idea de que la globalización, en sus múltiples manifestaciones, es un producto que ofrece variedad en tanto es una realidad creativa en la que participan diversos actores, es decir, tanto defensores del capitalismo como detractores del sistema. Pero, asimismo, hay otros a quienes les resulta preocupante el desasosiego y la angustia del hombre contemporáneo, que no creen en la inamovilidad, que cuestionan la indiferencia creciente ante los problemas del mundo. Son aquellos que intervienen y propician una participación activa, la confrontación a los modelos económicos exclusivos que desprotegen al ciudadano, desmantelan los beneficios sociales adquiridos y favorecen a las grandes corporaciones y naciones más industrializadas.

Se dice que en la época de la globalización aparecen nuevas posibilidades de conciencia social y se construyen visiones distintas de la realidad, a partir de redefiniciones que buscan con afán obtener palabras claves para descifrar lo que aparece como vacío, misterioso o caótico. Por supuesto, también la globalización en su acepción económica, financiera y de mercados, pretende copar la humanidad con una práctica social que sigue buscando la maximización de ganancias y la acumulación de capital. Se entiende, igualmente, el orden global actual y del capitalismo como “universalización”, “aceleración” de sus componentes, “nueva era”, “modernidad reflexiva”, “segunda modernidad”, “otra modernidad”, “alta modernidad”, “posmodernidad”, “contra-modernidad” o, como simplemente, “globalización”, que es la palabra más usada, vacía y ambigua.

Algunas de estas conceptualizaciones se aproximan sofisticadamente a los problemas, otros intentan tener un conocimiento más certero y apreciable del orden global. Hay un intenso y prolijo debate alrededor de palabras que son referencia obligante en el discurso liberal actual, en el de los altos funcionarios internacionales, de los ejecutivos de las grandes empresas transnacionales y de los países más poderosos e industrializados.

Pierre Bourdieu nos dice que “parecen haberse puesto de acuerdo”, con todos los recursos de que disponen, para poner en boca de todo el mundo las palabras “globalización”, “desregulación”, “descentralización”, “flexibilidad”, “nueva economía”, “under class”, “governabilidad”, “multiculturalismo”, “etnicidad”, “minoría”, “exclusión”, entre otras. En la difusión de esta “vulgata planetaria”, como la denomina, no se encuentran otras pala-

¹⁵ Mucho se habla de las consecuencias globales del fenómeno globalizador, hay también efectos particulares. En ambos, se reflejan los privilegios y las privaciones.

bras como aquellas con las que emergió y se consolidó toda una tradición de pensamiento, por cierto, nada simbólica: explotación, clase, capitalismo, desigualdad y tantas otras. Bourdieu argumenta que en el planeta se han impuesto “particularidades y particularismos” que se difunden pero que no se discuten, y que deben su fuerza de convicción al prestigio del lugar del que emanan¹⁶ y al hecho de que, por circular fluidamente de Berlín a Buenos Aires y de Londres a Lisboa, están presentes en todas partes al mismo tiempo y son poderosamente aprovechados por esas instancias presuntamente neutras del pensamiento imparcial que encontramos en los grandes organismos internacionales” (2005:68-69).

Según Bourdieu, la globalización no es una nueva fase del capitalismo o una realidad inexorable; es “una ‘retórica’ que invocan los gobiernos para justificar su sometimiento voluntario a los mercados financieros”, es un discurso que tiene como objetivo convencer a la humanidad de la necesidad de asimilarse sin resistencia (2005: 79).

Giddens es menos rotundo en su visión del proceso de cambios. Su perspectiva se puede calificar de realista y de optimista. Considera que la globalización “está transformando la vida diaria, especialmente en los países desarrollados, a la vez que crea nuevos sistemas y fuerzas transnacionales” (1999:46). Según él, es una realidad sin paralelo debido a la multiplicación del comercio internacional, y a la apertura asombrosa de las economías nacionales, y, a nivel de los mercados financieros, la economía es completamente global por la revolución de las comunicaciones. El sociólogo afirma que: “La globalización económica es, por tanto, una realidad y no sólo continuación o reversión de las tendencias de años anteriores” (1999:41-43). De modo que hay una economía global, aunque no niega que existe también una fuerte economía regional y una realidad “dentro de y entre bloques económicos” lejana de “una economía totalmente globalizada” (1999:41-43).

Incluso, para Giddens, aunque no existe gobierno global, sí hay sociedad global, lo cual se expresa en el crecimiento masivo de organizaciones cooperantes a nivel mundial (1999:165), definición de sociedad global muy discutible, porque se reduce a personas y a organizaciones con intereses sociales particulares y, en consecuencia, escasamente representativas del conjunto de la vida social, pero que, además, no proporcionan mecanismos integradores de la ciudadanía y de las relaciones entre las naciones.

Como vemos, hay distintas definiciones del tipo de sociedad actual, de la modernidad, de la evolución del capitalismo y de sus expresiones globales. La propuesta de Giddens pretende renovar la mirada de los fenómenos sociales actuales, defiende la idea de que presenciamos una etapa de alta modernidad y reescribe la tesis de que el capitalismo tiene contratiempos, pero sigue siendo un proceso deslumbrante que no envejece sino que se transforma. En este punto merece especial atención su propuesta metodológica para estudiar la modernidad y sus procesos. El autor propone reconstruir la “narrativa evolucionista” y global (totalizante) de la historia.

“Sustituir la narrativa evolucionista o deconstruir su línea de relato no sólo ayuda a clarificar el cometido de analizar la modernidad, sino que reconduce parte del debate sobre la llamada postmodernidad. La historia carece de la condición global que le ha sido atribuida por las concepciones evolucionistas, y el evolucionismo, en una u otra versión, ha tenido mucha más importancia en el pensamiento social del que hayan podido tener las filosofías teológicas de la historia a las que Lyotard y otros toman como diana de sus ataques. La deconstrucción del evolucionismo sólo significa asumir que la historia no puede verse como unidad o reflejo de ciertos principios unificadores de organización y transformación. Esto no quiere decir que todo sea caos o que no se escriba un número infinito de <<historias>> idiosincrásicas. Por ejemplo, existen determinados

¹⁶ Estas organizaciones y organismos, según Bourdieu, son: el Banco Mundial, la Comisión Europea, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), el Manhattan Institute de Nueva York, el Adam Smith Institute de Londres, la Deutsche Bank Foundation de Frankfurt, la Fondation Saint-Simon de París, la London School Social of Economics en Gran Bretaña, la Harvard Kennedy School of Government en EEUU, los grandes medios comunicacionales, entre otros (2005:69).

casos de transición histórica cuyo carácter puede ser identificado y sobre lo que es posible generaliza”(1993:19).

Nada es más pertinente que esta propuesta, puesto que los peligros del “darwinismo económico” siguen intactos como principios de “organización y transformación” de la realidad, en el sentido de colocarnos ante un proceso de selección natural de los más aptos, lo que supone una ética muy peculiar en la que si determinado número de países no pasa la prueba de su integración a la competencia mundial, sería sustituido por otras naciones en la carrera, prevaleciendo aquellos que se acoplen a las nuevas reglas de juego globales. En ello consiste la globalizante liberalización económica, y para eso existe la libre competencia, para calificar o descalificar a los participantes. Pero también la “narrativa evolucionista” nos coloca ante la situación discutible del inexorable avance del sistema, ahora global, lo que hace que el desasosiego y el escepticismo alrededor de los problemas mundiales crezcan, debido a que el modelo económico predominante es cada vez más destructivo y menos democrático.

3. La perspectiva política de la globalización

Hay quienes, desde la perspectiva política, vinculan la globalización con un “nuevo orden” que es consecuencia del derrumbe de un “viejo orden”: el comunista. Fernando Mires expone que en esta idea se argumenta que: “El colapso de ese orden ha desorganizado las relaciones internacionales, hasta el punto de que, para algunos observadores, estaríamos asistiendo nada menos que al ‘imperio del caos’ ” (2000: 24). Quizás es esa imagen generalizada de caos una de las razones que explica la desorbitada oferta de nuevos “modelos de orden” que atestan las librerías. Los más conocidos son el “nuevo orden” de Bush, el “periodo posthistórico” de Fukuyama, la “guerra de las civilizaciones” de Huntington, la “tríada neoeconómica” de Garten y Thurorow, los “seis poderes” de Kissinger, “el poder único” de Brzezinski y, por cierto, el modelo más ordenado de todos: la globalización” (2000:24-25).

Sin embargo, existen muchos que nos preguntamos ¿cuál nuevo orden, si de lo que se queja el mundo entero, ya se ha dicho, es del descontrol, de la incertidumbre y del desasosiego que causa la incomunicación entre *el primer mundo*, que está “higiénicamente aislado”, donde se exhiben los privilegios y se concentra la riqueza, y *los otros mundos*, sobre los que pesan demasiado las carencias y la insatisfacción de no poder actuar eficazmente para dejar de ser el lugar de las privaciones?¹⁷ El título del libro de Kenneth es muy elocuente cuando define la globalización: El Nuevo Desorden Mundial.

Ahora, el argumento político que sostiene que el fracaso del experimento comunista fortaleció o dejó que saliera con toda su fuerza la globalización está fundamentado en la idea de que los elementos modernos fundacionales del capitalismo se universalizaran más, imbricándose con el sistema mundial e incorporando a dicho sistema a todas aquellas naciones que se habían sustraído del papel que ahora deben cumplir: ser centros de producción de mercancías del gran engranaje global de producción de riquezas y capital.

¹⁷ En realidad, postula Zygmunt Bauman, “los habitantes del primer mundo viven en un presente perpetuo, atraviesan una sucesión de episodios higiénicamente aislados, tanto del pasado como del futuro. Están constantemente ocupados y siempre “escasos de tiempo”, porque cada momento es inextensible; es una experiencia idéntica a la del tiempo “colmado hasta el borde”. Las personas atascadas en el mundo opuesto están aplastadas bajo el peso de un tiempo abundante, innecesario e inútil, en el cual no tienen nada que hacer. En su tiempo “no pasa nada”. No lo “controlan”, pero tampoco son controlados por él, a diferencia de sus antepasados, que marcaban sus entradas y salidas, sujetos al ritmo impersonal del tiempo fabril. Sólo pueden matar el tiempo a la vez que éste los mata lentamente” (1999:117).

Muchos no apoyan esta posición; al contrario, su enfoque es sustancialmente distinto. Argumentan que la tendencia hacia la expansión planetaria del capitalismo es anterior a la constitución de la sociedad moderna, y señalan que tanto el liberalismo como el marxismo lo interpretan como una lógica orientada (Mires 2000:15-20).¹⁸

Las teorías del liberalismo y la marxista presentan la historia de la humanidad como la de un camino que sólo se puede transitar bajo determinados principios totalizantes que dan una idea de conjunto de la dinámica moderna. Con ambos elementos constitutivos del capitalismo, se estructuraron diversidad de sociedades; incluso los países socialistas del siglo XX estaban engarzados en tesis de desarrollo productivistas y economicistas que buscaban solucionar problemas del modelo económico moderno.

Hay quienes, como Pierre Bourdieu (1998), perciben la globalización como un arma mediática para dominar el mundo, un pretexto para justificar la destrucción de los avances sociales y del Estado de Bienestar, y consolidar la expansión del capital. Para Bourdieu, la globalización no es un proceso irreversible. Con ella se inaugura el liberalismo extremo (neoliberalismo) que pretende copar la sociedad eliminando todas las barreras que impiden la expansión del capitalismo. El Estado, en este sentido, es un obstáculo del cual hay que deshacerse; no reconfigurarlo o restaurarlo, sencillamente liquidarlo.

“Vivimos en una era de restauración neoconservadora, pero esta revolución conservadora reviste una forma inédita: No se trata, como en otros tiempos, de invocar un pasado idealizado, a través de la exaltación de la tierra y de la sangre, de temas agrarios, arcaicos. Esta revolución conservadora es algo nuevo. Apela al progreso, a la razón, a la ciencia – por ejemplo, la economía- para justificar la restauración, e intenta así desplazar el pensamiento y la acción progresista hacia el arcaísmo. Convierte en normas de todas las prácticas, y, por lo tanto, en reglas ideales, las regularidades reales del mundo económico, esta bien a su propia lógica. Se trata de la llamada ley del mercado, es decir, la ley del más fuerte”(2005:10).

La globalización “es sólo un mito; en el sentido más fuerte de la palabra: una idea-poder, una concepción que posee poder social y que arrastra hacia sí muchas creencias. Es el arma decisiva en la lucha contra el Welfare State” (Bourdieu citado por Mires, 2000: 55).

¹⁸ Para algunos sociólogos, la génesis del capitalismo moderno ocurre con la industrialización (Emile Durkheim), y otros encuentran su nacimiento en la libre competencia para el intercambio de los productos industriales (K. Marx). Max Weber, por su parte, considera que los valores que estaban presentes en la ética protestante contribuyeron de modo decisivo a la formación de una mentalidad capitalista moderna. Sería más apropiado decir que Weber resaltó el hecho de que el capitalismo no hubiera podido desarrollarse en Occidente de la manera que lo hizo, si no hubiese incorporado a su torrente histórico acumulado el fervor y una moral religiosa tan singular (intereses espirituales). Ulteriormente, Weber considera el capitalismo maduro “como un mundo en el que la religión es sustituida por una organización social en la que la racionalidad tecnológica tiene el supremo dominio” (1971:347). Marx, Durkheim y Weber se preocuparon por estudiar la naturaleza de la sociedad moderna. El tema de la modernidad, junto a la lucha por conseguir una mayor legitimidad de la sociología, fue uno de los más relevantes objetivos, en especial, para Durkheim y Weber. Responder la cuestión fundamental de la modernidad en los clásicos significó para Marx construir una armazón conceptual para caracterizar el modo de producción capitalista y diagnosticar su funcionamiento y los procesos sociales vinculados con la emergencia del proletariado como sujeto revolucionario. Para Weber, significó analizar y explicar la lógica de la racionalización y los procesos que implica (modelo de estructuras de poder y autoridad racional), y el estudio de varias civilizaciones y de sus procesos de legitimación. Su visión de la modernidad y crítica de la razón técnico-instrumental son poderosos elementos que provocan discusiones especializadas y, en tal sentido, generan nuevas articulaciones de conocimiento. Para Durkheim, fue fundamental estudiar los procesos de cambio en el mundo moderno y por qué producen severos trastornos y patologías sociales, lo cual se vincula con la idea de anomia. Su análisis del cambio social se conecta con el desarrollo de la división del trabajo social, es decir, de cómo en la evolución de las formas de trabajo social aumentan las diferencias entre distintas funciones y se reorganizan a los fines de establecer un desarrollo solidario de los grupos e individuos en la sociedad.

Bourdieu estima que detrás de la globalización hay una intencionalidad de imponer el modelo de unos cuantos países poderosos, y que dicho fenómeno no refleja la tendencia natural del capitalismo, de modo que puede ser enfrentado políticamente con éxito. Bourdieu adopta una actitud frontal: acusa, entre otros países poderosos, al Gobierno de Gran Bretaña, por representar una “posición intermedia, ‘neutra’ entre Estados Unidos y Europa continental, la que ha proporcionado al mundo ese Caballo de Troya de dos cabezas, una política y otra intelectual, en la persona dual de Tony Blair y de Anthony Giddens”, defensores planetarios de “la nueva nobleza estatal y empresarial” (2005:73-72).

Ahora bien, independientemente del debate y de las inclinaciones políticas de Giddens, es importante valorar la propuesta teórica sobre la necesidad del desarrollo de una política moderna que se construye en la crítica al ‘fundamentalismo de mercado’, lo cual supone restringir la libertad de los mercados globales (regulándolos) y “fundar una mayor responsabilidad entre las organizaciones transnacionales involucradas en la gestión económica mundial, a la vez que reestructurarlas” (1999:173-174). Esta propuesta política aleja a Giddens del neoconservadurismo neoliberal, aunque debe reconocerse que su visión encaja dentro del denominado liberalismo político. Más adelante se explicará su propuesta de reestructuración política del sistema mundial para alcanzar un mínimo de “gobierno global”.

Uno de los pensadores liberales más agudos, que cuestiona el énfasis económico de la globalización, que piensa acerca de sus peligros y cómo encauzarla desde el punto de vista político, no de enfrentarla, como Bourdieu, es Ralf Dahrendorf. Para él, son claves los problemas de la crisis democrática actual. Asimismo, le preocupa responder a la pregunta de cómo hacer que la democracia funcione en forma global. Dahrendorf manifiesta que la democracia se ha debilitado como sistema de control y de convivencia humana, que “las decisiones están emigrando del ámbito tradicional de la democracia”, y no siempre se sabe quién es responsable de una u otra disposición más allá de saber que la decisión fue tomada en un organismo nada democrático como una corporación, un holding de empresas, el BM, el FMI o la OCDE.

“Ese conjunto de decisiones tomadas fuera del proceso democrático hace que hoy la democracia parezca por completo impotente. La disponibilidad universal e inmediata de datos¹⁹, que es la verdadera esencia de la globalización, permite abrir canales para eludir las instituciones tradicionales de la democracia” (2003:20).

Ahora, vale la pena investigar, ¿quién elude las “instituciones tradicionales”? Según Dahrendorf, se trata precisamente de una “clase global” que tiene intereses cosmopolitas y poderosos. Mucho se ha escrito sobre esta nueva élite. Para el Grupo Lisboa: “Los miembros de esas nuevas élites han recibido más o menos la misma educación en las universidades y escuelas del ‘Norte’. Hablan el mismo idioma, no sólo en el sentido lingüístico (angloamericano) sino cultural” (1996:42). Son grupos con mucha autonomía, que se han constituido al calor de las nuevas tecnologías que, según Dahrendorf, “brindaron novedosas y grandes oportunidades a cierta cantidad de personas” a las que les fastidian los controles nacionales y los límites fronterizos. es una clase poderosa que hoy duerme en Tokio y otro día en Berlín o en New York, que dirige la economía, las finanzas, la industria de la telecomunicación, de la moda y de la cosmetología, que dispone de bienes y recursos incalculables, que ama la naturaleza, hace dieta y apoya a cuanta Organización no Gubernamental aparezca defendiendo el aire puro. Para decirlo en palabras de Dahrendorf:

“Creo que es un grupo social en extremo interesante. Viaja mucho, traspasa sin cesar los límites: lo hace incluso en los momentos de aislamiento en el sector VIP de un aeropuerto, gracias a su celular (...) Esta clase no está conformada por una gran cantidad de personas, pero eso no significa gran cosa. No creo que cuando Marx escribió su Manifiesto más de uno por ciento de los habitantes de Europa pudiera ser descrito como ca-

¹⁹ Se refiere al impulso que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación le dieron a la producción capitalista, al intercambio comercial entre naciones y a la transformación de las identidades, culturas y formas de realidad social y de pensamiento.

pitalista. Y, sin embargo, ésa sin duda era la fuerza dinámica del mundo en tiempos de Marx. Del mismo modo, yo no creo que hoy más de uno por ciento de la población forme parte en sentido estricto de esta global class²⁰. Pero hay una gran cantidad de gente que actúa como satélite de ellos, encuentra inspiración en ellos para sus propios comportamientos económicos o culturales” (2003:24).

De acuerdo con Dahrendorf, para estos emprendedores internacionales, todo lo que es global es bueno y lo que es nacional es horrible (2003:26). Obviamente, esta clase global impulsó la expansión del mercado en redes globales, e integró numerosos espacios sociales, pero ello funciona a contracorriente de los mecanismos tradicionales de la democracia hasta ahora conocida.

Un dato de la nueva realidad es que se desarrollan espacios y actores sociales transnacionales, que en su comportamiento no responden a las reglas de la política internacional, porque ella les resulta confiable. Algunos de ellos juegan abiertamente con el fin de aprovechar todas las posibilidades para generar mayores beneficios en el nuevo entramado multilateral e internacional, sin tener compromiso con la democracia o con los problemas sociales del mundo.

Esta situación hace que los conflictos aumenten dramáticamente en todas partes. Por ello, Beck realiza una importante reflexión sobre el pensamiento nacional-estatal y transnacional. En su obra “¿Qué es la Globalización?” (1998) trata con las mayores precisiones los posibles problemas de la globalización y la modernidad.

La idea que destacamos de Beck es su propuesta de reinventar la política y de formular nuevos términos teóricos para responder más adecuadamente al aumento de la conflictividad mundial y a las trabas de la “alta modernidad”. En su texto (1998), se apoya en importantes estudios de la realidad política y social realizados por Immanuel Wallerstein, James Rosenau, Robert Gilpin y David Held, entre otros. Cuestiona, por ejemplo, la noción de economía-mundo capitalista²¹ de Wallerstein²², porque ésta no expresa “la imagen de las sociedades individuales mutuamente aisladas por la ‘contrafigura’ de un sólo sistema mundial en el que *todos* –las sociedades, gobiernos, empresarios, culturas, clases, familias e individuos- deben ‘translocalizarse’ y mantenerse en *una sola* división del trabajo” (1998:58).

Según Beck, esta teoría, tiene varias dificultades: primero, no puede corroborarse “de manera histórico-empírica”; segundo, no ofrece respuestas conceptuales a “lo históricamente nuevo de lo transnacional”; y tercero, es “lineal” y no se plantea el problema de cómo el mercado mundial ha supuesto la aparición de nuevas organizaciones sociales y el surgimiento de “conflictos e identidades *cosmopolitas*, imprevistos y no deseados, que Marx y Engels ya apuntaron en el Manifiesto Comunista” (1998:60).

²⁰ Vale agregar la siguiente idea de Dahrendorf: “No creo que los comportamientos de estas personas sólo puedan explicarse como el resultado de una búsqueda de ganancia cínica e individual. Hay, por así decir, una conciencia de clase: entre los valores que comparten se encuentra la meritocracia y una aspiración a poder sostener este desarrollo a largo plazo” (2003:26).

²¹ Para Wallerstein, “la incesante expansión de la economía-mundo capitalista se ha dado en función de su dinámica central: la constante acumulación de capital. Esta dinámica funciona de tres maneras. En primer lugar la expansión espacial lateral” que tiene como fin la apropiación del plusvalor del trabajo; “en segundo lugar, la economía-mundo capitalista implica” crear “estructuras con una marcada tendencia” a dar beneficios para determinados grupos; en tercer lugar, “un modo de producción capitalista implica mecanismos que penalizan en forma específica un comportamiento que no es sensible a los constantes cambios de las modalidades óptimas para llevar la acumulación de capital al máximo”(1998, 352-353).

²² Ver Wallerstein, según Beck (1998:58-59) en: “Klassenanalyse und Weltsystemanalyse” en R. Kreckel (comp.), soziale Ungleichheiten, soziale Welt. Sonderband 2, Gotinga.1983, pág. 303.

Advierte, comentando el trabajo de Rosenau²³, que atrás quedó el tiempo de los escenarios internacionales copados por los Estados nacionales, que arrancó la política “post-internacional” donde todos los actores nacionales y transnacionales “deben compartir escenarios y poder globales”. Pareciera que Beck da por descontado que la globalización supone el juego de las iniciativas ciudadanas y de los Estados cuando se toman las decisiones. Cabe preguntarse si esta participación ha sido planeada, por quién o quiénes y si se realiza bajo condiciones democráticas.

En verdad, el concepto economía-mundo deja por fuera experiencias y procesos en emergencia. No obstante, retomamos junto a Wallerstein, y agregamos, junto a Marx, la noción de acumulación de capital como un eje sobre el que se consolida el capitalismo mundial y, en particular, la continua y voraz apropiación del plusvalor del trabajo. Vale resaltar, que sobre el ‘proceso de trabajo’ K. Marx proponía:

“El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que este realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza...Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina”. (1946: 130).

Por tanto, no apoyamos la pretensión posmoderna de negar relevantes conceptos, que no están por cierto de moda, pero que son centrales en el pensamiento moderno para el análisis y la explicación de los fenómenos sociales y políticos actuales, incluso culturales: la explotación de los trabajadores, el trabajo asalariado, el estado nacional, la alienación y el fetichismo, la acumulación de capital, entre otros. Vale decir, creemos que está consolidada una economía a escala de los países más poderosos y de sus necesidades, que pretende ser global aunque siguen existiendo ‘centros’ y ‘periferias’. La mencionada globalización y los beneficios que se derivarían de ella son una falsedad, entre otros aspectos, porque no se ha verificado en la realidad la producción ilimitada de las riquezas y el progreso creciente de las colectividades nacionales. En esta línea de reflexión, el profesor y escritor Renán Vega Cantor, muestra algunos indicadores económicos,

“...la tan alabada ‘globalización’ de los tiempo actuales no es tal, puesto que tres cuartas partes del valor agregado producido por las multinacionales se queda en países de origen, ningún país del mundo dedica más del 10 por ciento de su producción al mercado mundial, es decir, que el 90 por ciento de su producción se dedica a su consumo interno; los flujos de comercio internacional y las migraciones no han alcanzado los niveles de la era del imperialismo clásico, entre 1870 y 1914; la relación entre el total del intercambio comercial y el PIB en el caso de las grandes potencias se mantiene casi igual hoy respecto a 1914”. (2008: 47).

En verdad no hay una sociedad y cultura globales, una verdadera apertura económica y política global, un replanteamiento de los mecanismos democráticos internacionales para aumentar la intervención de la humanidad y sus instituciones en las decisiones globales, un incremento de los intercambios comerciales, de la inversiones, del capital y de los recursos humanos y materiales que propicie el mejoramiento social, el orden y la evolución de las sociedades en el mundo.

La afirmación arriba expuesta por Ulrich Beck, según la cual los actores sociales, económicos y políticos “deben compartir escenarios y poder globales” hay que entenderla como una aspiración, un futuro posible. Se trata de un juego en desarrollo, con diferentes grados de transformación, con escasas circunstancias a favor y muchos obstáculos para la participación social y política en el juego mundial de poder. En verdad hay un mundo muy bien definido por los países más poderosos definido lo que representa un serio reto para la convivencia humana.

²³ Ver Rosenau, según Beck (1998:60-62) en: *Turbulence in World Politics*, Brighton, 1990.

4. Entusiasmo, desconfianza y posibilidades ante el orden global

Hay otra posición que, independientemente del cúmulo de evidencias que confirman la situación de regresión económica-social producida y a pesar del incremento de las distancias y polarización entre las naciones pobres y ricas, expone que a futuro habrá cada vez menos disparidad entre los países. Según el profesor Jaime Estay (2001), catedrático de Economía Mundial en la Universidad de Barcelona, España, algunos autores sustentan esta idea en modelos econométricos y llaman “convergencia condicional” al proceso a través del cual los estados alcanzarán “menos disparidades internas” y “menos distancias” respecto a los “países desarrollados”. Estay agrega:

“En las ‘propuestas de convergencia’, la idea básica –en autores como Sala-i-Martin, Barro y Ben David- es que estamos ante un funcionamiento de la economía mundial en el cual la mayor libertad de despliegue de capital y de funcionamiento de los mercados empuja a un doble proceso de convergencia: por un lado, sobre todo pensando en los países atrasados, un proceso en el cual en el interior de esas naciones disminuyen las disparidades; y, por otra parte, un proceso en el cual la distancia entre estados pobres y estados desarrollados también disminuye”(2001:33-34).

El modelo, según Estay, no es nada nuevo, puesto que el capitalismo siempre ha vendido la idea de que con su avance, el bienestar colectivo llegaría. En cada aguda crisis se apela a esta esperanza.

Se supone que los países en situación de debilidad deben aceptar las condiciones que se plantean para el “crecimiento económico”. En este período, en especial hay que tener fe en la apertura de mercados, en las privatizaciones y en la plena libertad de los mercados de capitales, condiciones mínimas que proponen los organismos económicos y financieros internacionales. Ahí radica la idea de “convergencia condicional”. En el trabajo del profesor Estay, se afirma que estas condiciones se han cumplido con más fuerza desde los años 60 y 70.

“Si se piensa cómo funciona hoy el comercio internacional comparándolo con cómo funcionaba hace treinta años, las diferencias son muy notorias: por una parte, se ha profundizado de manera importante la disminución arancelaria que ya venía dándose, y, por otra, hay un proceso ambivalente, con marchas y contramarchas, respecto de la aplicación de medidas no arancelarias. Todo ello con un saldo neto de reducción global de barreras a la circulación internacional de mercancías” (2001:18).

En la línea de argumentación de la “convergencia” condicionada, la constatación del despliegue efectivo de los capitales en la comunidad mundial es un elemento central. Ciertamente, en la situación actual han desaparecido progresiva y aceleradamente las condiciones que se valoraban para aceptar en el pasado las inversiones extranjeras y el libre comercio.

Los Estado-nación menos favorecidos e industrializados tenían como una política básica la protección de la industria nacional, priorizar la inversión interna, elevar los aranceles, imponer restricciones administrativas para obtener licencias de exportación y subsidios a los productos nacionales. A los inversionistas extranjeros se les condicionaba su actividad en cada país, siempre y cuando se incrementara el empleo, actuaran en asociación con el capital interno, ingresarán un monto determinado en divisas, transfirieran tecnología, etc. Hoy día, no se impide en muchos países, el “desplazamiento abierto y vigoroso” del comercio y de la producción internacional. Estay, sobre la materia, mantiene:

“Así también, en una gran cantidad de países se han establecido leyes sobre la inversión extranjera: en 1985 había treinta países que tenían leyes que regulaban dicha inversión y en este momento son más de 140 países los que tienen leyes de ese tipo, y prácticamente, en todos los casos, se trata de leyes que más que regular lo que establecen son mecanismos de desregulación de la inversión extranjera”. (2001:19).

De modo, que según la posición expuesta, se estaría ante un hecho cumplido. El modelo se ha impuesto y goza del consenso mundial, a pesar de la situación verificable de polarización y de crisis del capitalismo mundial. No obstante, el entusiasmo no es colectivo, aunque lo parezca. La aparente unanimidad, si se quiere, puede estar fundamentada en una percepción interesada o en el manejo mediático del asunto.

En el plano del “sentido común” puede ser, como dice Estay, que haya una inclinación a la aceptación del “modelo de desarrollo” imperante *¿que se le va a hacer?* dirán los ciudadanos. *¿Por qué?* Porque saben que influyen poco en el juego existente y también, quizás, porque están desesperanzados e impotentes ante la cada vez más creciente pobreza y la inmensa inequidad que produce el “abierto y vigoroso” modelo defendido por Estay.

Cabe mencionar, sobre las inquietudes y el comportamiento político de las personas sobre sus gobiernos, el estudio que una prestigiosa encuestadora realizó en el año 2002, según Informe Mundial del PNUD de ese mismo año.

“En 1999, el estudio del Milenio de Gallup Internacional hizo una encuesta entre más de 50.000 personas en 60 países para preguntarles si su país estaba gobernado por la voluntad del pueblo. Menos de un tercio de las personas que respondieron dijeron que sí, y sólo una persona de cada diez dijo que su gobierno obedecía a la voluntad del pueblo” (2002:1).

No puede ser de otra manera. Así como hay un fuerte “desplazamiento del comercio y de la producción internacional”, hay un desplazamiento mundial evidente, desde finales del siglo XX, del poder político nacional al poder supranacional. Variadas formas de interdependencia se imponen: acuerdos bilaterales y multilaterales, regionales, subregionales y transnacionales que debilitan y transforman los conceptos de estado-nación y soberanía.

Es también verificable el desplazamiento de las economías nacionales al comercio internacional y a formas de interdependencia económica y financiera mundial, como hay igualmente un distanciamiento creciente entre las condiciones de vida de los países periféricos, de “economías en regresión” y los grandes Estados industriales con su deslumbrante arsenal de bienes y servicios.

Pero no todos los estados y gobiernos del mundo acompañan el modelo de desarrollo dominante sustentado casi exclusivamente en mayor flujo de capitales y despliegue de los mercados. Aquella impactante, apabullante y, por lo general apesadumbrada realidad está hoy día enriqueciéndose, diría más apropiadamente, contrastándose con una nueva articulación histórica-política sin paralelos en la región de América Latina y el Caribe que tiene como objetivo diseñar e implementar una estrategia hacia un nuevo proceso de desarrollo más equitativo en lo económico, justo, cooperativo, justo, solidario y democrático. En términos generales, se han conseguido en la región acuerdos, convenios y alianzas (bilaterales y multilaterales, regionales y subregionales) que pretenden la recuperación de la soberanía e independencia del área a fin de garantizar la autodeterminación, complementariedad y cooperación económica, política y social. Se intenta afrontar la fragmentación social en nuestro continente, el distanciamiento político, la desigualdad y la pobreza, los problemas ambientales y, al mismo tiempo, valorar la multiculturalidad, la diversidad social, política y étnica.

Cabe puntualizar, que hacia finales y principios del siglo XXI, se sustituyen por vía electoral la casi totalidad del liderazgo proclive a las recetas Washingtonianas, y a los pocos años se perciben los primeros síntomas de crecimiento económico hasta promediar en la mayoría de los países el 6% y 7%, se produce una reducción de la pobreza y el desempleo, se multiplican programas sociales y acuerdos de tipo político para construir viabilidad y legalidad necesaria para hacer más eficaz la colaboración en la reconstrucción de la región (Informes PNUD, y CEPAL 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007). Con el estallido de la llamada ‘burbuja financiera’ en el año 2008, este crecimiento se atenuó y afectó importantes programas contra la inequidad y la desigualdad, pero la región soportó la crisis y nunca tuvo que apelar a los viejos endeudamientos

o a medidas antipopulares y draconianas. La experiencia en el 'norte' europeo y estadounidense se tradujo en el desmantelamiento del Estado de Bienestar, es decir, de los beneficios sociales alcanzados durante décadas: recortes salariales, despidos masivos, disminución de las pensiones, eliminación de beneficios crediticios de corte social, recortes en presupuestos al área de salud y educación, entre otros. Sin embargo, en la región sudamericana, las perspectivas en la actualidad son de crecimiento económico, mayor bienestar social y de nuevos acercamientos políticos. Es de resaltar, el compromiso adquirido el 26 de Abril en Caracas, entre todos los países de la región para la creación del organismo regional de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) el próximo 5 y 6 de Julio, en Caracas, Venezuela. Escenario que reunirá cada año a los más altos dignatarios y funcionarios de la región y en el que se discutirán, formularán y aprobarán decisiones para concretar las políticas de integración y desarrollo de América Latina y el Caribe. En el marco de estos sucesos y movimientos sociales, políticos y económicos exponemos la propuesta de Sunkel (1995), Covarazzi y de otros investigadores (2004) pensando en nuevas posibilidades frente al mal denominado orden global.

Oswaldo Sunkel (1995) sugiere pensando en los países periféricos, la perspectiva de desarrollo desde adentro, desde el impulso inicial de la industria, de una política de integración del mercado internacional con los países del área y con el uso estratégico de los recursos naturales hasta ahora desaprovechados. Pareciera que el redimensionamiento del comportamiento de las sociedades y de los estados latinoamericanos tiene ese rumbo. Esta propuesta, agrega el autor, debe incorporar el esfuerzo de la población para la profundización de la democracia, de los programas sociales, culturales, ambientales, tecnológicos, científicos y económicos sostenibles, de mediano y largo plazo. Marcelo Covarazzi y otros investigadores (2004:137), coinciden en términos generales con el planteamiento de atender los problemas sociales, superar las dificultades de los modelos de desarrollo aplicados, revisar el papel del Estado, la influencia de la economía internacional, los riesgos y vulnerabilidades de nuestras naciones, sin embargo, argumentan que se puede avanzar hacia una nueva realidad "Multicéntrica"²⁴. Afirman que, así se: "...fortalecería la autonomía, complementariedad e interacciones mutuamente reforzables entre el estado, el sistema de representación y la sociedad civil" (2004:143-144).

Desde la perspectiva de estos autores, vale la pena resaltar, algunas posibilidades a construir en nuestras naciones: *la primera*, los países de la región tendrán una posición ventajosa en la economía mundial si se integran a ella manteniendo su relativa independencia y un esfuerzo concertado alrededor de las acciones regulatorias del Estado. Los acuerdos selectivos y por sector serían convenientes a la estrategia de consolidar la integración regional; *otra*, la sociedad civil, en su creciente diferenciación puede movilizarse hacia organizaciones fuertes que contrapesen el peso de las élites económicas y políticas tradicionales. Se proponen en esta dirección "más identidades diversas con conexiones globales, fluidas redes de influencia locales y globales"; *tercera*, resulta decisivo en un proyecto de transformación y cambio regional que la estatalidad se recupere y los sistemas de representación mejoren para que lleven a cabo los objetivos de la región e incluyan a todos los sectores y actores sociales en la estrategia de desarrollo. Se trata de articular con éxito lo global, lo nacional y lo local, mejorando la autonomía y soberanía de los países, su seguridad y el bienestar de su población; *cuarta*, es imprescindible que lo ideológico no sea un factor de división, debe ser un factor de integración y asertividad en la diversidad, condición sin la cual la integración social alrededor de un proyecto nacional tendría un serio obstáculo. (Covarazzi y otros 2004:142-143).

La actual realidad de la región sudamericana es elocuente en esta dirección. Su pasada adhesión a los modelos monetaristas y de liberalismo extremo implantados con las asesorías de los organismos multilaterales es hoy un asunto críticamente revisado y abiertamente cuestionado en países como Uruguay, Brasil, Argentina, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Nicaragua, entre otros. El aumento de la conflictividad social y

²⁴ Concepto acuñado por Covarazzi y otros investigadores (2004).

política en el planeta, las intervenciones, genocidios y guerras propiciadas con base a falacias y conspiraciones mediáticas (Afganistan, Irak, Honduras, Venezuela, Palestina, Bolivia, Libia, entre otros países), atestiguan que las naciones más poderosas con el liderazgo de quienes se autocalifican como *salvadores* y garantes de los derechos humanos (EEUU) no comprenden otro lenguaje que el de la fuerza militar, de la guerra económica y la imposición política.

Por ahora, el capitalismo salvaje y depredador no tiene sustituto en el mundo, pero si ello no es atendido a tiempo, si los defectos y vicios de una élite hambrienta de poder y de lucro siguen moviéndose independientemente de las personas que habitan este mundo, imponiendo (cual imperios antiguos y modernos) decisiones cruciales para la vida del ciudadano común, el “fundamentalismo del mercado” seguirá empobreciendo a la humanidad y poniendo en riesgo la sociedad moderna. Basta con saber que más de mil millones de seres humanos viven en una situación de hambre crónica para desesperanzarse y concluir que el proyecto civilizatorio es un fracaso y un fraude.

En este marco, la apuesta a la segura “convergencia condicional” de intereses y formas de vida bajo el capitalismo global garantiza poco en la resolución de los problemas del mundo. Es simplista la visión que confía demasiado en la “economía abierta” y en la liquidación de las regulaciones nacionales e imposición de las normas internacionales. He allí la razón del fracaso de la Cumbre de Doha (julio 2008) después de nueve días de negociaciones. En esta dirección cabe preguntarse: ¿qué pasará si los términos de los intercambios económicos continúan arrojando cifras de pobreza y exclusión, y con ello aumenta el desencanto y la molestia de la sociedad?. Sobre ello, el economista y premio Nóbel 2001 Joseph Stiglitz en su libro “El Malestar de la Globalización”, nos dice:

“Los críticos de la globalización acusan a los países occidentales de hipócritas con razón. Forzaron a los pobres a eliminar las barreras comerciales, pero ellos mantuvieron las suyas e impidieron a los países subdesarrollados exportar productos agrícolas, privándolos de una angustiosamente necesaria renta vía exportaciones. EE.UU fue, por supuesto, uno de los grandes culpables, y el asunto me tocó muy de cerca. Como Presidente del Consejo de Asesores Económicos, batallé duramente contra esta hipocresía, que no sólo daña las naciones en desarrollo sino que cuesta a los norteamericanos, como consumidores, por los altos precios, y como contribuyentes, por los costosos subsidios que deben financiar, (miles de millones de dólares). Con demasiada asiduidad, mis esfuerzos fueron vanos y prevalecieron los intereses particulares, comerciales y financieros – cuando me fui al Banco Mundial aprecié con toda claridad las consecuencias para los países en desarrollo (....) La reacción contra la globalización obtiene su fuerza no sólo de los perjuicios ocasionados a los países en desarrollo por las políticas guisadas por la ideología, sino también por las desigualdades del sistema comercial mundial. En la actualidad, – aparte de aquellos con intereses espurios que se benefician con el cierre de las puertas ante los bienes producidos por los países subdesarrollados, obligándolos a abrir sus mercados a los bienes de los países industrializados más adelantados y, al mismo tiempo, protegiendo los mercados de éstos. Esto hace a los ricos mas ricos y a los pobres cada vez más pobres... y cada vez más enfadados” (2002:23-24).

Por tanto, la visión entusiasta del capital y los mercados hermanados en un mundo de plenas libertades ya no entusiasma a muchos. El problema se nos presenta, en los actuales momentos, en estos términos: “Nosotros gobernamos el mundo, déjense gobernar,” o “no estorben por algo somos los que hemos tenido éxito,” o más diplomáticamente: “Cedan un poco. ¿Que les cuesta? Al final, todos saldremos ganando”. Cualquiera que sean los términos, todos expresan la existencia de un nuevo tipo de imperialismo, uno al que no le gusta dicha denominación y la considera en desuso, pero, si al final no te doblegas, te hago la vida imposible, te desacredito en el mundo y luego te meto un tiro en la cabeza. También expresan la pugna entre uno o varios poderosos actores internacionales y los Estados nacionales, algo inconcebible para quienes señalan la inutilidad de la soberanía estatal.

La situación, a principios del siglo XXI, en especial en la región sudamericana, cambió significativamente, entre otras razones, porque la mayoría de sus países establecieron distancia de los modelos económicos

excluyentes y reiniciaron nuevos procesos de independencia y soberanía de sus Estados comprendiendo sus relaciones de interdependencia con el orden global.

Vale destacar que, con el fin de iniciar conversaciones con los países más pobres y de buscar soluciones a la situación, la OMC organizó en el año 2001 la llamada Ronda de Doha. Han pasado siete años de arduas negociaciones sin resultados tangibles, y, lo que es peor, la última Cumbre de Doha, en 2008, que se realizó en medio de elevadas expectativas por la situación de desabastecimiento e inflación mundial, por los altos precios de la energía petrolera y por la liberalización para las exportaciones agrícolas de los países más empobrecidos, culminó en un inmenso fiasco por la intransigencia de EEUU, de China, de India y de la Unión Europea, tras nueve días de conversaciones. Lo paradójico, es que EEUU y la Unión Europea, que son los principales propulsores del libre comercio, son los que presionan por todos los medios posibles a las pequeñas y medianas economías del mundo para que dejen de subsidiar su agricultura y liquiden las barreras proteccionistas, pero son los primeros en negarse a ceder en la protección y subsidio a sus productos agrícolas y al cierre de sus mercados.

Touraine nos argumenta que la puesta en escena de la modernidad, con sus promesas de libertad, igualdad de oportunidades y buena parte de sus valores fracasó. El declive de la modernidad se da cuando “el universo de la racionalidad universal se separa completamente del universo de los actores sociales y culturales”, es decir, cuando se dejan de explicar los hechos sociales bajo el marco de la historia de los sujetos sociales, lo que nos coloca ante uno de los rasgos más característicos de la globalización. Se trata de una crisis de la metanarrativa, en la que la modernidad dirigida desde los países centrales más industrializados pierde su consenso, puesto que ya no se cree en las verdades absolutas vendidas como mercancías (1993:177-178).

De los actuales procesos, Alain Touraine considera dos elementos fundamentales, que transforman viejas nociones modernas: primero, “el fin de la dominación europea sobre el conjunto del mundo”, no sólo a través de la descolonización territorial, sino del pensamiento eurocentrista; y, segundo, “el desarrollo de los medios de difusión”, a través de los cuales llegó el poder de la palabra a culturas locales, por ende, a grupos minoritarios. Es allí, en este desanclaje, donde la sociedad pierde su unidad, para, por el contrario, desarrollarse en un pleno multiculturalismo.

Pero cuidado con las conclusiones en este aspecto, ya que los medios de comunicación en la actualidad son grandes corporaciones y empresas transnacionales que han llegado a manejar sumas de dinero superiores a la mayoría de los Estados nacionales, y su propósito dejó de ser informar con veracidad, estimular la sana recreación o la difusión de valores democráticos, de solidaridad, justicia, equidad o la reflexión humana. Su acción, como la de las elites de poder global como conglomerado de empresas y naciones poderosas es reemplazar la idea de sociedad por la del mercado, es fomentar el individualismo, ya que los principales líderes y las elites de las naciones occidentales están convencidos que el sistema no puede reformarse ni mejorar más. Nosotros, por el contrario, creemos en las inmensas posibilidades de cambio de las sociedades, desde sus culturas y comunidades, y sostenemos que la modernidad puede defenderse y ampliarse, es decir, rescatar sus postulados básicos.

Conclusiones

Con los procesos de globalización y mundialización, la modernidad se encuentra en un estadio de radicalización de sus variables productivas, de consumo, financieras y comunicacionales. Prestigiosos centros de enseñanza e investigación, poderosas naciones, corporaciones privadas y diversidad de individuos y de grupos sociales y políticos muestran entusiasmo por estas tendencias centrales de la actualidad, procesos con los cuales se pretende renovar el proyecto modernizador.

Este propósito no es menospreciable, pero se funda en uno de los aspectos claves de la modernidad: la racionalización de la vida social, y subestima la idea de sujeto y de acción subjetiva que son conceptos igualmente claves del mundo moderno, lo que ha conducido a una ruptura de la interdependencia entre principios claramente modernos: racionalización y subjetividad. Se abre, en consecuencia, un período de creciente conflictividad entre el sistema que se retroalimenta y autoproduce respecto a los actores sociales y culturales que resultan marginados del proceso modernizador.

La modernidad, en este sentido, se ha dirigido hacia la objetivación y despersonalización de la vida, encerrándola en la lógica racionalista del sistema, alejada de la subjetividad humana y de sus actuaciones sociales. Tenemos la convicción de que el camino escogido induce a mayores problemas y contradicciones debido a que debilita progresivamente tejidos sociales, no se constituyen nuevos lazos sociales ni se reconstituyen otros ámbitos que ofrecían seguridades a la sociedad; por el contrario, los espacios de interacción, diálogo social y muchas idiosincrasias se reducen, fracturan y desaparecen.

Junto a Alain Touraine (1994), avanzamos en la convicción de que existe un “eclipse de la modernidad” en la medida que la construcción de una racionalidad universal pierde terreno y que los actores sociales y culturales se separan cada vez más de los valores considerados universales, en tanto “eros, el consumo, las empresas y las naciones andan libremente a la deriva como icebergs” (1994: 178).

Este fenómeno, que algunos consideran irreversible e incontrolable, y que tiene que ver con el surgimiento de una acción social contingente y espontánea, con un ir y venir de actores que en el camino se encuentran y desencuentran porque las interpretaciones de la realidad se vuelven con facilidad ideas y acciones transitorias, hace que la sociedad se vuelva completamente inestable. Ahora, ¿esta realidad es definitivamente incontrolable?²⁵ No acompañamos esta idea, aunque admitimos que la sociedad moderna está cruzada por un flujo inmenso de tensiones y de conflictos fluctuantes y acelerados, a pesar de constatar que los actores sociales, culturales y económicos están crecientemente fracturados en sus relaciones, y, muchas veces, en caminos divergentes.

No obstante, pensamos que los conceptos y términos con los que nos aproximamos a los acontecimientos y las tendencias actuales deben renovarse, a los fines de dar cuenta de la separación entre los actores y el sistema, como el resultado de la actividad de poderosos actores económicos y políticos, especialmente aquellos que se manejan desde la virtualidad de los mercados financieros, de la tecnología de la información y del liberalismo extremo.

Existen lecturas e interpretaciones que conducen la mirada solamente hacia el reconocimiento de la variable económica, sin considerar que la acción económica es también parte de una estrategia política para hacerla más eficaz. Esta táctica que busca instrumentalizar una idea de sociedad fundada en el sostenimiento de la producción, consumo y comunicación extrema para homogeneizar la sociedad en su conjunto, se desenvuelve en forma peligrosa y acelerada en sentido contrario a la inmensidad de los saberes sociales acumulados, a la diversidad cultural e identitaria humana; a los afectos, pasiones y subjetividades de viejas y nuevas colectividades y de sus individuos.

Las posiciones reseñadas sobre el proceso de cambios en las sociedades y Estados bajo el fenómeno de

²⁵ Alain Touraine nos dice: “La historia de la modernidad es la historia del surgimiento de actores sociales y culturales que se apartan cada vez más de la fe en la modernidad como definición concreta del bien. Los intelectuales después de Nietzsche y Freud son los primeros en repudiar la modernidad, y la corriente más influyente del pensamiento moderno, desde Horkheimer y sus amigos de Frankfurt a Michel Foucault, ha llevado cada vez más lejos una crítica de la modernidad que terminó por aislar completamente a los intelectuales en una sociedad que ellos designaban despectivamente como sociedad de masas” (1994: 77).

globalización y mundialización son apenas una muestra de consideraciones que se debaten cotidianamente sobre el tema. En una perspectiva los cambios son comprendidos como inevitables; se advierte sobre sus peligros aunque se es optimista en cuanto al futuro. En otra visión, se mantiene que la reestructuración del capitalismo es parte de una estrategia de expansión autoritaria que ofrece pocas esperanzas de cambio. Luego, encontramos enfoques preocupados por la situación de ingobernabilidad y desequilibrio mundial, una línea de investigación que denominamos realista, que, igualmente, alerta sobre los condicionamientos e implicaciones del proceso global y la concentración de poder de los organismos multilaterales y de una nación como los Estados Unidos de América.

Hay, por otra parte, una concepción que denominamos utópica y economicista, que realiza una fuerte apuesta en las bondades del proceso de mundialización de la economía, interpretando la conversión de los países pobres al liberalismo económico global y la pujanza de sus empresas como elementos positivos que producirán el “salto” de las naciones periféricas a los niveles de desarrollo del capitalismo central.

Puede aceptarse que resulta inevitable y aprovechable el creciente grado de interdependencia mundial, vía nuevas tecnologías, pero en los términos del enfoque liberal-conservador (economicista) y ante la velocidad de los acontecimientos actuales, es prematura la conclusión de que se acortarán prontamente las distancias entre países centrales y los de la periferia. Esta aseveración tiene fundamento en los daños medioambientales, en los peligros de las armas de destrucción masiva, en el potencial tecnológico al servicio de la producción de riqueza en condiciones de inequidad y su consustancial generación de pobreza y desesperanza social, y en la ausencia de medios institucionales y políticos adecuados para procesar los cambios y la dinámica ambivalente, discontinua y descontrolada de la modernización.

Todas las posturas expuestas tienen mucho de diagnóstico y descripción de hechos. Sus propuestas de salidas, cuando las hay, no exponen el resultado de un acuerdo global sobre cómo gobernar el mundo y cuáles serían los mecanismos de participación de las sociedades en una situación de reorientación de la política para afrontar los problemas. En tal sentido, pocos contribuyen sustancialmente a reconfigurar el futuro. Expresan la incertidumbre de una época luminosa y oscura a la vez, son optimistas o pesimistas, ideológicas o muy racional-técnicas, en la medida que aparentemente buscan ajustarse a los tiempos sin tomar partido por uno u otro desenvolvimiento histórico. Otros yuxtaponen diferentes enfoques, pero ninguno es melancólico del pasado; todos aceptan la realidad avasallante. Quizá Bourdieu es el que menos comparte la idea de la inevitabilidad del fenómeno de expansión de los cambios económicos y financieros, de un desenvolvimiento acelerado e inexorable del capitalismo. Según él, este proceso puede ser comprendido, reorientado y representa una oportunidad para llevar a cabo luchas para la conservación del bienestar social alcanzado por la colectividad mundial.

La realidad actual no es la de una simple confrontación entre diversos intereses. La sociedad y el Estado se desenvuelven con ritmos diferentes, como estructuras y cuerpos específicos del sistema capitalista mundial que responden al comportamiento general del sistema. Debe comprender la sociedad y el Estado dentro de tendencias cíclicas, generales y específicas, que podemos resumir en la palabra “crisis”. Ellas describen una situación de gran transición histórica hacia una transformación sustancial del sistema, lo que supone el progresivo cambio de estructuras organizacionales, institucionales y de valores.

La crisis actual, de acuerdo con muchos, es de gobernabilidad y de políticas. Para otros, es de orden más profundo. Consideran que está en cuestión el modelo de desarrollo; el funcionamiento y los sistemas de decisión de las organizaciones políticas y económicas internacionales (mundiales, regionales y subregionales), de las corporaciones, de los organismos multilaterales y de los Estados-nación. Por tanto, hay que reinventar la política y la democracia. El debate no es sobre qué tan pequeño y eficiente es el Estado, cuál es la cuantía de las inversiones que recibe, qué tan confiables son las leyes existentes, cuanta tecnología de punta está integrada a los procesos de trabajo o qué tan indispensable es el mercado.

La respuesta a las demandas sociales actuales tiene que relacionarse con los cambios que deben producirse en las esferas institucionales y estatales (internacionales, regionales y locales), con los espacios públicos y privados, políticos, culturales y económicos. Hay que poner más atención sobre las iniciativas regionales que se encuentren en desarrollo, sin consolidación, en medio de incertidumbres y amenazas pero en las que se perciben formas sobresalientes de acción creativa y reflexivas de cambio sobre y fuera del modelo de modernidad. Una sensibilidad social, convertida en esfuerzo colectivo emerge con fuerza en la región latinoamericana. Se trata de iniciativas de pueblos y naciones hasta ahora excluidas de los modelos de desarrollo experimentados y de la toma de decisiones en el mundo globalizado. No obstante, las concepciones políticas y constitucionales modernas experimentadas desde hace 200 años, fundadas en el constitucionalismo monárquico parlamentario o el constitucionalismo presidencialista, están en revisión en el mundo académico y político. Pero, de manera relevante en algunos países de Latinoamérica, se revisa y se produce una práctica social que apunta a la redefinición de las reglas de juego de democracia representativa montada en el modelo constitucionalista de la delegación restrictiva del poder político en las élites sociales y en el presidencialismo, perspectiva que se construye con muchos obstáculos y que representa la única expresión crítica y de renovación seria de los modelos hasta hace poco inmovibles que heredamos del norte europeo y americano.

La idea de un capitalismo global y de una democracia liberal tiene varios siglos. Su planeación y visión como proyecto que avanza inexorable y progresivo ha resultado ilusorio. Esta utopía sigue inscrita en las tesis evolucionistas que sugieren premiar a los que se identifican y progresan apoyándose en las reglas del capitalismo y la globalización, o destruir a los que no consiguen acoplarse al modelo liberal-conservador. La idea de un proceso global, uniforme y progresivo deja por fuera una realidad infinitamente extensa, diversa y emergente que debe reaprenderse y que no se muestra en los grandes medios de comunicación, sobre la que no se discute ni se reflexiona.

Primero, tenemos un fenómeno complejo, fluctuante y crítico, es decir, sin control aparente y sin explicaciones suficientes y coherentes. Estamos ante una situación general y específica, atípica, aunque enganchada a una realidad históricamente conocida y de dominio social, ligada todavía a la “fe en el progreso” y a la idea de su “desarrollo indefinido” y “controlado”.

Segundo, observamos en el horizonte, un desarrollo desigual, diverso y contradictorio de las sociedades, de los Estados, de los individuos, grupos humanos, clases, etnias, naciones, culturas, religiones, lenguas e identidades. En el mundo supuestamente único y global, hay una creciente sensación de desligamiento, de disolución de los lazos sociales, de “des-obligaciones”, como dice Sygmun Bauman. No se ha podido corroborar la existencia de una sociedad global, menos de un Estado o gobierno global. La homogeneidad es un ardid mercantil y mediático. La realidad emergente es la fluctuante diversidad; la única plenitud es la de los cambios, la del surgimiento de nuevas identidades y grupos sociales, del resurgimiento y consolidación de viejas instituciones, estructuras de poder, identidades, tradiciones y creencias.

Tercero, hay la necesidad de comprender el intenso intercambio y choque entre culturas como producto del uso cada vez más extenso de las nuevas tecnologías de la información, y de estudiar algunos procesos homogeneizadores y otros que nos diferencian. Por tanto, debe intentarse la identificación, clasificación y organización de este inmenso panorama humano, con el fin construir una nueva perspectiva teórica, pero en lo fundamental, para tener clara la trayectoria de los fenómenos, de sus disparidades y singularidades, a los fines de abrir un camino de respuestas y soluciones a los problemas sociales de exclusión e inclusión, inequidad, pobreza, desorientación valorativa y existencial, fragmentación y disolución de los tejidos y lazos sociales.

Cuarto, en un mundo donde las grandes decisiones se concretan en lugares anónimos, en el espacio transnacional, desde los celulares de la globalclass, en la invisibilidad de los mercados, se requiere superar la incomunicación entre los Estados y las sociedades para recuperar el espacio público y hacer de él un lugar donde se reagruparía la humanidad sedienta de diálogo y de reconocimiento, pero también hay que desafiar

la pretensión de mantener impermeable e intocable el sistema de decisiones político, económico y tecnogeneracional a nivel mundial.

El propósito central sería, como dice Nestor García Canclini, “reunir de otros modos afectos, saberes y prácticas. Reencontrar o construir signos que representen creíblemente identidades de sujetos que a la vez quieren, saben y actúan: sujetos que respondan por actos y no personajes que representan marcas de entidad enigmática. Este es un núcleo dramático del presente debate cultural, o sea, del sentido con que están reelaborándose las opciones de desarrollo social” (2004: 212).

En este plano, tienen vigencia las propuestas de reinención de la política y la reorganización de los institutos de gobierno mundial como instancias verdaderamente representativas de las sociedades y sus Estados, para que sean fuente de regulación y control de los procesos actuales, de la defensa de la democracia y de los beneficios y bienestar social acumulado. Se trata, en definitiva, de diseñar proyectos, de promover iniciativas de acercamiento humano y de reconstruir los canales e instrumentos de relación a través de los cuales se renovará y reordenará la comunicación entre las sociedades, los Estados y las organizaciones plurisociales y culturales del mundo.

Los procesos globalizadores continúan creando disparidades sociales, marginación, segregación, guerras e inequidad en las naciones. Ello contrasta con los manejos diplomáticos, con un lenguaje y finos modales, pero el virtuosismo y la educación desplegada esconde sus principales y reales intereses: el aprovechamiento y cultivo de relaciones de alcanzar nuevas posesiones como inversionistas, seguir como los rectores del mundo económico, explotar recursos humanos y naturales en cualquier lugar de la tierra, en desmedro del planeta y de quienes lo habitamos.

El desafío en este tiempo es superar los enfoques sustentados por los organismos multilaterales, que están “fuertemente sobrevendidos”, ya que no han tenido en su aplicación los resultados esperados. Amartya Sen sugiere revisar las ópticas de desarrollo y considerarlo como “un proceso esencialmente amigable, donde se destaca la cooperación entre los individuos y para con uno mismo; esto se puede reducir a la estrofa de Los Beatles: Saldremos adelante con una ayudita de los amigos. Por ‘ayudita’ puede entenderse, por un lado, la interdependencia característica del mercado (interdependencia que Adam Smith ilustraba en su paradigma de ganancias mutuas a través del intercambio entre carnicero, cervecero y panadero); y, por otra parte, los servicios públicos, capaces de fomentar la cooperación entre y para los individuos” (2001: 5).

En esta perspectiva encaja perfectamente la visión que abre posibilidades e invita a la imaginación de nuevas formas de relación humana, una conexión más afectuosa y solidaria ante las posturas convencionales que promueven el funcionamiento de la sociedad apegada a relaciones de imposición económica y política.

Las transformaciones se suceden unas tras otras en el ámbito global y en el local; se diluyen y reestructuran constantemente el sujeto y los objetos, la realidad interna y externa de los individuos, lo particular y lo general. Mientras muchos exigen seguridades, certezas, solidaridad, disciplina y orden, en la calle y en el espacio cibernético reina la competencia, el narcisismo, el riesgo, la inconformidad, la emancipación y autonomización de actores, procesos y dimensiones sociales que se mueven por separado, a veces en forma caótica, sin articulación, cooperación y reflexión social o política.

La actividad humana se mueve de forma acelerada y racional hacia ámbitos desconocidos y, simultáneamente, hacia valores preconcebidos que se reúnen alrededor de la “economía del mundo”. Pero, también hay ritmos y tendencias seculares y no seculares que responden a la improvisación y a las fluctuaciones extremas del sistema, que resultan imperceptibles debido a que son prácticas al margen de los modelos de vida dominantes.

Este constante cambio y reproducción simbólico-cultural, política y social debe encontrar explicación más allá

de la perspectiva historicista, marxista o liberal-conservadora; de la glorificación de las nuevas tecnologías para convertirlas, sin encasillamientos academicistas, en objeto de estudio de una ciencia renovada que trascienda un discurso y conocimiento doblegado, subalterno de los intereses políticos corporativos transnacionales; que dialogue con la imaginación y los afectos del hombre; que haga de la literatura, el arte, la historia, la práctica social, el saber común y específico una fuente valórica que enriquezca las visiones, el pensamiento y la práctica social de la humanidad.

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (1999), *“La globalización. Consecuencia humanas”*. Fondo de cultura económica, México D.F., México.
- BECK, Ulrich (1998) *“¿Qué es la globalización?”*, Editorial Paidós, Barcelona, España.
- BECK, Ulrich (1999) *“La invención de lo político”*. Fondo de Cultura Económica, Barcelona, España.
- BOURDIEU, Pierre en F. Mires (2000) *“Teoría política del nuevo capitalismo”*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela.
- BOURDIEU, Pierre (2005) *“Pensamiento y acción”* Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, Venezuela.
- CAPUTO, Orlando, J. Estay y J. M. Vidal (2001), *“Capital sin fronteras, Polarización, crisis y estado-Nación en el capitalismo global”*, Editorial Icaria Mas madera, Barcelona, España.
- CANTOR, Renán Vega (2008), *“Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar”*, Fondo Editorial el perro y la rana, Caracas, Venezuela.
- CASTELLS, Manuel (1999) *“La era de la información. El poder de la identidad”* Alianza Editorial, Volumen 2, Madrid, España.
- DAHRENDORF, Ralf (2003) *“Después de la democracia”* Fondo de Cultura Económica colección popular, Buenos Aires, Argentina.
- DURKHEIM, Emile (1812), *“Las formas elementales de la vida religiosa”*, Editorial Pléyade, Buenos Aires, Argentina.
- DURKHEIM, Emile (1893) *“División del Trabajo social”*, Ediciones Akal, FCE, Mexico.
- GARCÍA C., Néstor (2004) *“Diferentes, desiguales y desconectados”* Editorial Gedisa, Barcelona, España.
- GARRETÓN, Manuel, M. Cavarozzi, M. Cleaves, S. Peter, G. Gereffi, J. Hartlyn (2004) *“América Latina en el siglo XXI. Hacia una matriz sociopolítica”* LOM ediciones, Santiago de Chile, Chile.
- GIDDENS Anthony (1990), *“Las consecuencias de la modernidad”*, Alianza editorial, Madrid España.
- GIDDENS Anthony (1999) *“La tercera vía”*, Editorial Taurus, México D.F., México.
- GILPIN en U. Beck (1998) *“The Political Economy of International Relations”*, Nueva Jersey, Estados Unidos.
- GINÉ, Jaime y J. Prats (Octubre, 2001), *“¿Nuevas tecnologías para el desarrollo humano? Instituciones y desarrollo”*. Programa de las Naciones Unidas Para el Desarrollo. Instituto Internacional de Gobernabilidad.
- Grupo Lisboa (1996), *“Los límites de la competitividad”*, Buenos Aires, Argentina.
- HELD, David, (en U. Beck, 1998) *“Demokratie, Nationalstaat un die globale Weltunordnung”*
- IANNI, Octavio (1996) *“Teorías de la globalización”*, Siglo XXI Editores, México D.F., México.
- IANNI, Octavio (1999) *“La era del globalismo”*, siglo XXI Editores, México D.F., México

Informe mundial sobre el desarrollo humano (2002) PNUD

MARX, Karl (1848), *“Obras escogidas (manifiesto comunista)”*, Editorial Progreso, Moscú, Rusia.

MARX, Karl (1946), *“El Capital. Crítica de la Economía Política”*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

MIRES, Fernando (2000) *“Teoría política del nuevo capitalismo”*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela.

STIGLITZ, Joseph (2002) *“El malestar de la globalización”*, Taurus, México. PP. 125

TOURAINÉ, Alan (1994) *“Crítica de la modernidad”* Fondo de Cultura Económica, primera edición, México D.F., México.

VIDAL B. José (14 de febrero 2004) *“Las cuentas secuestradas”*, Diario el País, Cataluña, España.

VIDAL V., José M. (2001) *“El futuro del estado en el capitalismo global”* en *capital sin fronteras*, Icara Editorial, Barcelona España.

WALLERSTEIN, Immanuel (1998), *“Impensar las Ciencias Sociales”*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., México.

WEBER, Max (1920) *“La ética protestante y el espíritu del capitalismo”* Fondo de Cultura Económica, México D.F., México.

WEBER, Max (1921), *“Estudio sobre la sociología de la religión”*. Ediciones Istmo, Edición de Enrique Gavilán (1997).

WEBER, Max (1923-24), *“Historia económica general”*. Fondo de Cultura Económica. Mexico, 1928.

Revistas y publicaciones periódicas

CASTELLS, Manuel (Noviembre /Diciembre 2000), *“Tecnologías de la información y Desarrollo Global”*, n°78 Política Exterior.

Sitios Web consultados

Informe de Desarrollo Humano (2001), Disponible en: <http://www.wundp.org/hdr2001/apanish/>

MORIN, Edgar (2004) *“Diálogos sobre ética y desarrollo”* Disponible en: www.iadb.org/ética

SEN, Amartya (2001), *“Teorías del desarrollo a principio del siglo XXI”*. Biblioteca Digital de Iniciativa Interamericana de Capital Social, Ética y Desarrollo. Disponible en: <http://www.iadb.org.etica>.